

Del narcocapitalismo al narcoimperialismo

Iñaki Gil de San Vicente

Este trabajo ha sido convertido a libro digital por militantes de EHK, para uso interno y forma parte del material de trabajo para el estudio, investigación y formación del pensamiento marxista y la historia de los comunistas vascos.

<http://www.ehk.eus>

INDICE

1. PRESENTACIÓN
2. CAPITALISMO MERCANTIL Y ALCOHOL
3. CAPITALISMO INDUSTRIAL, ALCOHOL Y OPIO
4. CAPITALISMO IMPERIALISTA Y KEYNESIANISMO
5. CAPITALISMO FINANCIERO Y NUEVAS TENDENCIAS
6. CAPITALISMO DESTRUCTIVO, SALUD Y DROGAS
7. NARCOIMPERIALISMO Y SUMISIÓN EUROESPAÑOLA
8. EUSKAL HERRIA

1. PRESENTACIÓN

Una de las características del imperialismo en su forma actual, a comienzos del siglo XXI, es el papel creciente que juega la denominada “economía criminal” en el entramado total de recursos burgueses destinados a aumentar su tasa de beneficios. Que el capitalismo es de naturaleza criminal es algo sabido incluso antes de la majestuosa obra de Marx y Engels, pero fue a partir de estos revolucionarios cuando se demostró la unidad dialéctica entre la investigación científico-crítica del modo de producción capitalista y la denuncia ético-moral de su esencia criminal e inhumana. Desde entonces no tiene sentido hacer distinción entre “economía capitalista” y “economía criminal” porque son dos formas de expresar la misma esencia: la explotación de la fuerza de trabajo humana.

Sin embargo, en este escrito se habla de la “economía criminal” como una parte secundaria pese a su importancia dentro del capitalismo en su conjunto. No existe contradicción con lo dicho justo en el párrafo anterior porque en éste nos movemos en el nivel de la síntesis teórica última, cuando debemos expresar el total y radical rechazo al capitalismo por cuanto tiene de criminal en su esencia permanente, rechazo que se sustenta tanto en la praxis científico-crítica como en la praxis ético-moral. Este contenido unitario de ambos componentes es especialmente valioso y necesario en todo lo relacionado con las drogas, con el narcocapitalismo, como veremos.

Cuando hablamos de “economía criminal” como una parte del capitalismo sólo estamos moviéndonos en el nivel del análisis específico de un área cada día más importante, pero que existe desde que surgió este modo de producción. Aclarar las relaciones entre ambos niveles del método de pensamiento -la síntesis y el análisis, y viceversa— siempre es conveniente, pero más en estas problemáticas en las que por su extrema gravedad -centenares de miles de vidas destrozadas, fabulosas ganancias extraordinarias de determinadas fracciones de la burguesía, estrechas relaciones entre los aparatos estatales, la banca y las mafias, etc.— se corre el riesgo de que la justa indignación y la ira justa obnubilen la necesaria frialdad del pensamiento crítico.

Una cosa similar ocurre con el término de “narcocapitalismo” y “narcoimperialismo” ya que, como veremos en este texto y sin entrar aquí en mayores precisiones, la historia del capitalismo chorrea “narcóticos” -en el sentido extensivo e incluyente de los efectos alienadores del consumo incontrolado de las drogas— devastadores sobre las masas explotadas y contra ellas. No es por casualidad que en la crítica de Marx exista una constante a lo largo de los años entre la religión como opio del pueblo, en un brillante análisis que ha sido simplificado al extremo, y el fetichismo de la mercancía como ejemplo de la inversión ideológica de la realidad -tomar los efectos como las causas y no a la inversa— adquiriendo la forma de alienación religiosa. O sea, en el capitalismo existe una dinámica inherente a su esencia que hace que, además de las drogas materiales, también existan drogas “espirituales” que se convierten en fuerzas materiales reaccionarias cuando prenden en la conciencia de las masas. Desde esta perspectiva sintética el “narcocapitalismo” es puro y duro capitalismo a secas, en su expresión más cruda.

Sin embargo en este escrito también se usa el concepto de “narcocapitalismo” y al final se defiende que éste se ha transformado en “narcoimperialismo” como parte integrante de la “economía criminal”, como la parte que obtiene los beneficios con las drogas en vez de con el tráfico de órganos humanos, por ejemplo, como veremos más adelante. Aquí, en este nivel, nos movemos en el momento analítico, cuando estudiamos los impresionantes

y crecientes beneficios materiales y “espirituales” que producen las drogas a la clase dominante. Ahora bien, una parte del “narcoimperialismo” es ilegal y otra es legal, e incluso alegal por los vacíos y ambigüedades de las leyes burguesas. Por ejemplo, la industria tabaquera es narcoimperialismo legal, aunque con restricciones parciales en aumento, mientras que en cada vez más sitios muchas de las llamadas “drogas blandas” son legales, reguladas o consentidas, pero en otros siguen siendo ilegales. Para comprender estas contradicciones no hay que recurrir a las disputas morales entre burgueses, siempre sujetas a la razón del dinero, sino a, por un lado, las presiones democráticas de organizaciones populares y sociales en favor de una regulación coherente y, por otro lado, a las disputas económicas entre diferentes fracciones de la burguesía.

Por su parte, el “narcotráfico” es una parte del “narcocapitalismo” y del “narcoimperialismo” y no a la inversa, ya que este segundo abarca el proceso entero de producción, transporte al por mayor, reparto al por menor, venta al consumidor individual y lavado del dinero para cuantificar los beneficios últimos, mientras que el narcotráfico, como su propio nombre indica y limita, es sólo la parte del transporte. Ello no quita ninguna importancia a las mafias que realizan esta parte del proceso general, al contrario, simplemente confirma la superior importancia de otros poderes ilegales o legales decisivos en el proceso completo, desde la gran banca que lava el dinero, hasta los aparatos de Estado relacionados con las mafias, pasando por industrias químicas sin las cuales no existiría el narcocapitalismo ni el narcotráfico, los colectivos de abogados que “torean” la legalidad burguesa, etc.

Un creciente papel juega aquí la relativamente nueva “economía de la falsificación”, básica para facilitar todos los trámites no sólo del lavado del dinero sucio obtenido con la “economía criminal” sino también, y en muchas cuestiones sobre todo, para el inicio de muchas de las operaciones ilegales o alegales. Documentos bien falsificados, que superen todos los controles de autenticidad, son imprescindibles incluso en el comienzo de muchas operaciones alegales e ilegales. Bien es verdad que la falsificación de documentos es tan vieja como el capitalismo y como el propio dinero, como el propio mercado en suma y que está instaurada dentro mismo de los grupos que se autodefinen como puros e impolutos, libres de toda mácula. La Iglesia cristiana, por ejemplo, se asienta sobre la falsificación, manipulación y tergiversación de unas supuestas palabras atribuidas a un supuesto Jesús que dicen que existió hace dos mil años, que a su vez se asientan sobre un texto retocado, amputado, corregido y reinterpretado infinidad de veces. Pero la falsificación sólo adquiere su total sentido en el capitalismo, en la sociedad basada en la producción generalizada de mercancías.

Vemos entonces que el capitalismo es de naturaleza, obligatoriamente, una “economía criminal” y al mismo tiempo “narcocapitalismo” y actualmente “narcoimperialismo”, todo junto; pero en su funcionamiento concreto, época a época y país a país, tenemos que considerar los diferentes niveles, contextos y circunstancias, fuerzas e intereses sociales enfrentados en estos procesos. Ahora bien, en el momento de realizar estos análisis concretos de las situaciones concretas, sin los cuales nunca sabremos nada de nada, debemos tener siempre presente la existencia del Estado burgués, que no es una cosa pasiva, inerte, un instrumento exclusivamente técnico y administrativo. El Estado burgués es una fuerza sociopolítica activa sin la cual no hubiera existido nunca el capitalismo tal cual lo padecemos a diario, porque centraliza estratégicamente el conjunto de dinámicas parciales que intervienen en la explotación de la mayoría por la minoría, asegurando su efectividad, vigilando y reprimiendo a las masas, ayudando a su

alienación y poniendo orden dentro de las clases dominantes en una interacción con sus distintas fracciones siempre atendiendo a la situación interna e internacional.

Cuando decimos que el Estado ayuda a la alienación de las masas explotadas queremos decir que el capitalismo genera por su propia actividad una alienación básica, una de cuyas manifestaciones más nocivas es la creación de personalidades indefensas, dependientes, frágiles, obedientes, sumisas, crédulas, pasivas... Sobre esta base consustancial al sistema capitalista, intervienen los aparatos del Estado, desde la educación hasta el parlamentarismo, pasando por los partidos y sindicatos reformistas, etc., que ayudan a mantener, adaptar y reforzar esa alienación básica. En los problemas de las drogas esta precisión es crucial porque si algo debe quedar claro desde el principio es que todo lo relacionado con las drogas es eminentemente político, además de económico. La política de clase, de sexo-género y de nación, impregna y condiciona todo lo relacionado con el consumo de drogas al igual que la explotación de la fuerza de trabajo por la burguesía impregna y condiciona fatalmente la calidad de vida de las masas trabajadoras.

Tanto una como otra, la alienación de base capitalista como la ayuda estatal, terminan produciendo seres humanos incapaces de disponer del autocontrol personal suficiente como para mantener un uso no compulsivo, un uso limitado, controlado y autocrítico de las drogas; es decir, personas dueñas de sí mismas, capaces de saber cuáles son sus propios límites, de construirlos en base a una vida consciente y basada en un flujo crítico de conocimientos sobre todo lo relacionado con las drogas. Pero ésta es una parte de la unidad dialéctica del tema que tratamos, porque la otra es la colectividad en la que esa persona se desarrolla. O sea, hablamos de la dialéctica entre lo colectivo y lo individual, uno de los objetivos prioritarios a destruir por parte del capitalismo.

Por regla general, las drogas se imponen muy fácilmente allí donde esta dialéctica es muy débil y se impone del todo allí donde está rota, donde ha desaparecido porque el capitalismo ha impuesto el individualismo aislado y desarticulado, aunque algunas drogas se consuman en grupo, pero eso es sólo el escenario exterior de una tragedia que se sufre en la más espantosa soledad autodestructiva. Y recordemos que el mercado es por esencia la dictadura del fetichismo sobre la individualidad reducida al extremo de comprador automático en busca de una felicidad ficticia e inexistente. Por eso compra drogas como sustitución irreal de lo que el capitalismo le niega.

Como veremos en la páginas que siguen, la evolución de las problemáticas de las drogas, en plural porque son muchas y crecientes, ha ido unida a la evolución de los Estados y muy frecuentemente tales problemáticas han sido, también, condicionadas por decisiones estatales. Pues bien, la relación entre drogas y Estado se demuestra como estratégicamente política en las situaciones de opresión y ocupación nacional, y no sólo cuando la clase dominante necesita debilitar las luchas sociales en ascenso, romper los movimientos vecinales en barrios combativos sumergiéndolos en drogas ilegales y provocando la delincuencia social, etc. Muchas drogas han sido y son usadas para estos objetivos sociopolíticos y económicos, unidas a otras decisiones tales como reducir los gastos sociales, aumentar la precariedad, abandonar las infraestructuras públicas y vecinales de asistencia, transportes, etc.

Siendo esto obvio, basta tener una mínima experiencia para confirmarlo, sin embargo cuando se comprueba la letal funcionalidad político-económica de las drogas al servicio del Estado es en su uso contra las luchas de liberación nacional y sobre todo antes de que éstas surjan, cuando el Estado invasor recurre a la introducción de drogas inexistentes

en los pueblos atacados o fuerzan la masificación del consumo de otras ya existentes pero reguladas por las normas cotidianas del pueblo atacado. Los objetivos son claros: desestructurar, romper, pudrir desde dentro las normas y códigos sociales que regulan la reproducción de la identidad colectiva del pueblo atacado. Esas normas reflejan los largos siglos durante los cuales ese pueblo ha ido acumulando su excedente social colectivo material y simbólico, siempre en pugna con sus propias contradicciones internas y agresiones externas, cuando ha sufrido estas agresiones. Pero no son simples reflejos pasivos sino activos por cuanto expresión de sus contradicciones internas y presiones externas, por ello mismo contienen dinámicas de futuro, respuestas a los problemas presentes y capacidad constructiva frente a las crisis destructivas.

Acabar con esta capacidad de respuesta creativa a las necesidades de los pueblos atacados es uno de los objetivos prioritarios que busca el Estado atacante con la introducción de drogas ante las que no existen defensas sociales porque son desconocidas o con la forzada multiplicación del consumo de drogas ya conocidas pero que, al masificar su ingesta, terminan desbordando los canales culturales de integración social y destruyendo, seguidamente, la reproducción social de la identidad colectiva del pueblo atacado. En este sentido básico existe una relación interna, genética, entre el inicial narcocapitalismo y el terrorismo occidental y, ya actualmente, entre el narcoimperialismo y el terrorismo capitalista, relación genética que no podemos analizar aquí.

Naturalmente, el uso de las drogas como armas biológicas de exterminio social y nacional siempre exige la utilización de otras medidas más amplias, profundas y prolongadas en el tiempo como son, por ejemplo, la prohibición o severas restricciones al uso creativo de la lengua y de la cultura de ese pueblo, el ataque represivo sistemático contra quienes reivindican sus derechos colectivos, la ocultación o tergiversación de su historia y en especial de su memoria militar imponiéndole las del Estado ocupante, su desmembración territorial en todas las cuestiones, etc. Las drogas desarrollan su mortal poder destructor en estas circunstancias porque ellas limitan al extremo la capacidad de resistencia del pueblo atacado, o la anulan. En este breve texto veremos muchos casos al respecto, especialmente en que más nos afecta a nosotros, el de Euskal Herria.

2. CAPITALISMO MERCANTIL Y ALCOHOL

2.1.

La economía política burguesa está siempre a merced de los caprichos del mercado o como dicen los ideólogos neoliberales, dependiendo de la llamada “preferencia subjetiva” del consumidor. En este sentido el neoliberalismo es la corriente burguesa que mejor justifica fácticamente todo lo relacionado con el narcoimperialismo, con los cocadólares, con las relaciones intrínsecas entre el capital financiero y las “zonas grises”, alegales e ilegales del capitalismo, de eso que cínicamente denominan “economía criminal”, como si no tuviera nada que ver con la estructural criminalidad capitalista. Pero el neoliberalismo es sólo el actual reverdecimiento de la vieja rama denominada por Marx como “economía vulgar” y que luego se conocería definitivamente como corriente marginalista y neoclásica. Se trata de la otra rama del tronco común de la economía política burguesa que surge ya de las primeras tesis presentes en Adam Smith (1723-

1790), después en Malthus (1766-1834) y en Mill (1806-1873), pero que empieza a tomar consistencia en 1854 con Gossen y sus tres célebres “leyes” económicas sobre el utilitarismo, el consumo y la matematización, para aparecer ya definitivamente expuestas sobre todo por Jevons, Walras, Menger y Pareto a finales del siglo XIX.

La importancia para el tema del narcoimperialismo de esta rama de la economía política burguesa radica en que ofrece a la fracción burguesa que se enriquece con las drogas una muy oportuna justificación coherente con el individualismo extremo típico de toda esta clase social enfrentada no sólo a las masas trabajadoras, sino también entre sí misma por la presión ciega y caníbal de la implacable competencia intercapitalista. A la burguesía nunca le ha quitado el sueño el hipotético remordimiento moral por los terribles efectos de las drogas, ya que, como veremos más adelante, todas ellas han sido integradas en el proceso entero de multiplicación del beneficio privado. Sí le quita el sueño hasta la exasperación saber que no se ha enriquecido todo lo posible por no haber mercantilizado el proceso completo de la producción, circulación, venta y contabilización de las ganancias obtenibles por las drogas.

El neoliberalismo y toda la corriente que le sirve de base previa no sólo funciona como una barrera protectora de la moral burguesa frente a las inhumanas consecuencias de las drogas, sino que, muy especialmente, elabora una ética pragmática y fría, el utilitarismo, que justifica todas las atrocidades imaginables si con eso aumentan el beneficio y la propiedad privada capitalista. La diferencia entre ética y moral es aquí muy importante, porque explica que algunos contados y suicidas burgueses tengan dudas morales individuales sobre el narcocapitalismo mientras que la clase capitalista en su conjunto, unitariamente, asuma y practique la ética utilitarista que justifica el egoísmo más depredador e insolidario.

Pero, en síntesis, toda ética depende y está en función de los intereses a largo plazo de una clase social, en este caso de la burguesía, de manera que primero hay que descubrir sus necesidades materiales y luego descubrir cómo engarzan causa-efecto con la elaboración ética que le sirve de lubricante. El que algunos burgueses, muy pocos, sufran fugaces remordimientos morales sólo explica las diferentes funciones entre ética y moral dentro del capitalismo, nada más. Comprendemos así que frente a los pueblos del mundo, la burguesía aplique el utilitarismo más criminal en todo lo relacionado con las drogas buscando su exclusivo beneficio, utilizando sistemáticamente los instrumentos del Estado colonialista e imperialista desde finales del siglo XV, por no extendernos a las relaciones entre las llamadas “cruzadas” y algunas mercaderías que llegaban por la Ruta de la Seda desde China y el Extremo Oriente.

También comprendemos que en sus feroces luchas intercapitalistas exigidas por la ley de concentración y centralización de capitales, las burguesías no dudan en utilizar las leyes que ella misma en cuanto clase ha dictado sobre las drogas empleándolas contra otras burguesías competidoras que obtienen sobreganancias que les dan ventajas extras en la irracional carrera por el beneficio máximo; así como tampoco dudan en saltárselas a la torera cuando pueden obtener esa ventaja en contra de sus competidoras. Veremos en las páginas que siguen cómo se desenvuelve semejante cinismo y doblez moral, siempre al amparo de la ética utilitarista.

No debe sorprendernos esta doble moralidad práctica dentro de una misma ética. La historia de la economía mercantil es inseparable de la historia de la corrupción, de la trampa y del engaño, de la mentira, de los grupos que incumplen las leyes existentes en su momento, etc. Hablamos de economía mercantil incluso en sus niveles más

embrionarios e iniciales, en los que ya existían en los primeros mercados mesopotámicos de los que tenemos una relativamente amplia información gracias a las tablillas de barro cocido en las que con letra cuneiforme se detallan las precisas medidas de control administrativo para combatir el fraude, el engaño, el incumplimiento del contrato, los precios abusivos, etc. Los intentos de control han ido en aumento en la medida en que aumentaba la economía mercantil, y descendían cuando ésta retrocedía.

En la Edad Media muchas ordenanzas municipales estaban destinadas a impedir abusos del comerciante, por ejemplo, en el mercado de Bilbo se prohibía vender pescado tras la caída del sol para evitar que con la falta de luz natural se timase al comprador vendiéndole pescado en mal estado. Uno de los productos más vigilados eran los alcohólicos por la facilidad de edulcoración añadiéndoles agua, hierbas, azúcares, frutas, etc., exactamente lo mismo que sucede ahora con otras drogas a las que se le añaden determinados productos químicos.

Con la irrupción del capitalismo se agudizan estas prácticas y, lo que es muy importante para el tema que tratamos, surge una forma organizativa que lleva en su interior el germen de las posteriores agrupaciones empresariales que controlan con mil tentáculos y grupos todo lo relacionado con la mercantilización de productos tenidos por ilegales o que se consumen en el limbo de la alegalidad, es decir, todavía no son ilegales ni legales. Las compañías mercantiles semiprivadas y semipúblicas que empezaron a surgir en las ciudades del norte de Italia en el siglo XIV y XV, y que crecerían desde entonces expandiéndose por los principales Estados europeos, adelantan uno de los componentes esenciales —no todos— de lo que ahora son las grandes corporaciones y transnacionales que de un modo u otro, directa o indirectamente, están relacionadas con todas las formas de comercio alegal e ilegal, y el narcotráfico es sólo una parte de esos flujos interactivos.

Más aún, por la propia lógica mercantil, que exige la trampa para engañar al comprador, rápidamente se generalizó el rumoreo interesado de falsas noticias e informaciones sobre cuestiones económicas, hasta tal punto que una de las primeras disposiciones de la burguesía neerlandesa al conquistar su independencia nacional en el siglo XVII fue perseguir la mentira, la maledicencia, la difamación, etc., porque oscurecían la necesaria transparencia del comercio rentable, verdaderas tácticas de manipulación y provocación de errores que hoy son inseparables de la vida bursátil. Obviamente, se trataba de luchas entre fracciones diferentes de la burguesía. En una fase histórica capitalista en la que al final, en el momento de la contabilidad para saber si se había ganado o perdido dinero, en ese momento venía a ser lo mismo la piratería, el corso, el tráfico de esclavos y el comercio armado, apareciendo “zonas libres” -las famosas islas de los piratas en la literatura de aventuras— que cumplían las mismas funciones que los actuales paraísos fiscales.

2.2.

Pero antes de seguir hay que dejar claro que el problema de las relaciones entre la corrupción inherente al capitalismo y al mercado con el narcotráfico y toda serie de ilegalidades es más grave de lo que se puede creer si lo reducimos estrictamente a la influencia justificadora de la rama neoliberal-marginalista-neoclásica-vulgar de la economía política burguesa, cada una con sus propias ramificaciones en las que no podemos extendernos ahora. Hay que tener en cuenta que hablamos de la rama de un

tronco y que por tanto lo decisivo, además del tronco, son las raíces, es decir, la base estructural del modo de producción capitalista. Desde esta perspectiva, la única científico-crítica válida, vemos que ya en la primera rama del tronco, la mercantilista surgida en el siglo XV y dominante hasta la primera mitad del siglo XVIII, se veía normal y lógico el comercio de drogas y también su valor de uso como arma de exterminio en las invasiones de pueblos no occidentales, lo que aumentaba su valor de cambio y por tanto su precio en el mercado. Desde entonces y hasta ahora se ha incrementado esta característica doble del mercantilización de las drogas, la económico-militar o viceversa según las circunstancias, mostrando cómo para descubrir su profunda conexión esencial con los intereses burgueses es necesario emplear la lupa de la crítica de las políticas estatales de la clase dominante.

Aún así es necesario escarbar un poco más en las raíces del problema porque, como se demostraría con otra rama posterior de la economía política burguesa, la escuela fisiocrática sistematizada por Quesnay (1696-1794), su primera inquietud sobre la esfera o sector de la producción material especialmente en el campo, alimentación, carnes y bebidas, etc., tenía el mérito de empezar a superar la esfera de la circulación de lo producido para avanzar en la importancia de la esfera de la producción, la decisiva. Pues bien, como se demostraría posteriormente, el comercio de todo lo relacionado con las drogas, desde el café hasta las de diseño químico fabricado industrialmente por las grandes corporaciones y transnacionales capitalistas de la salud, pasando por el tabaco, el alcohol, el opio, etc., e independiente de su mercantilización legal, alegal o ilegal, este comercio es sólo un momento en el proceso completo de la acumulación capitalista a escala mundial y en cada Estado burgués, en concreto.

Pero, como veremos en su momento, lo característico del capitalismo en toda esta problemática es que termina integrando la mercantilización de las drogas en una tercera esfera o sector o nivel, o como queramos denominarlo, perteneciente al proceso completo de acumulación, nos referimos al sector o a la esfera de medios de destrucción, nivel que produce un beneficio inmediato considerable pero que a medio plazo sólo causa pérdidas y destrucciones. Volviendo al tema que ahora nos interesa, hay que decir que el muy correctamente denominado “imperialismo ecológico” occidental -un ejemplo excelentemente trágico de lo que ha resultado ser la esfera de producción de bienes de destrucción, en este caso la esfera de la destrucción de la naturaleza— se ha basado, entre otras cosas, en la imposición forzada por la superioridad económico-militar, o viceversa, de enormes áreas de cultivo de drogas primero para el consumo occidental y luego mundial, para lo que se destruyeron las vitales plantaciones precapitalistas anteriores que garantizaban el sostenimiento de su poblaciones.

La burguesía no tuvo apenas remordimientos morales por la inhumana destrucción de las bases productivas y socioculturales de muchos pueblos, vitales para sus complejos lingüístico-culturales y para sus identidades colectivas. Una de las armas más efectivas en la destrucción completa de culturas era la introducción del alcohol allí donde era desconocido o la introducción de un alcohol de alta graduación obtenida con alambiques allí donde sólo se conocía el alcohol de fermentación natural y poca graduación. Fue un paso más en la larga historia del recurso a armas de exterminio biológico empleadas desde que surgió la guerra, cuando se envenenaban los pozos y reservas de agua, cuando se arrojaba carne podrida e infecta a las poblaciones asediadas para provocar epidemias mortales. Los conquistadores mezclaban el alcohol natural y bebible con otros productos resultando un veneno que producía ceguera y otras enfermedades. Muchos pueblos fueron exterminados de esta forma o destrozados y hundidos en la pasividad inerte del

alcoholismo masivo. Pero el alcohol era sólo un arma más integrada en una estrategia genocida implacable.

De cualquier modo, si hubo algunos remordimientos por esos crímenes, y de hecho aparecieron algunas críticas menores como la denuncia de ciertos exterminios de naciones indias, fueron rápidamente racionalizadas por la ética utilitarista y eurocéntrica, según la cual la destrucción de las bases materiales y simbólicas precapitalistas era únicamente un paso necesario para acceder a la “civilización occidental”, un precio incómodo pero ineluctable. Más aún, no hacía falta que fueran invasiones de pueblos lejanos, bastaba que estuvieran muy cerca, como tuvo la desgracia de sucederle a la nación irlandesa que desde tiempos remotos sufría invasiones periódicas. El alcoholismo fue impulsado conscientemente por los invasores ingleses y tolerado por los colaboracionistas irlandeses como arma de opresión y pacificación. Mientras empeoraban las exigencias del ocupante, se talaban amplios bosques para la marina de guerra británica, se reservaban los mejores pastos para las ovejas de los terratenientes, etc., mientras sucedía esto, al pueblo irlandés se le facilitaba el consumo barato del alcoholes de alta graduación.

3. CAPITALISMO INDUSTRIAL, ALCOHOL Y OPIO

3.1.

El avance de algunos economistas políticos burgueses en la importancia de la esfera o sector de la producción, como la segunda escuela clásica sistematizada por David Ricardo (1772-1823) en plena fase de la expansión británica mundial tras la derrota estratégica de la burguesía francesa en 1815 en base a su superioridad industrial, no hizo sino acelerar la dinámica de explotación y expoliación de continentes enteros, arrasando sus formas tradicionales de vida e imponiéndoles otras formas incomprensibles para ellos, entre las que destacaban por su peso creciente la producción de toda serie de drogas. Recordemos, por ejemplo, la importancia del té en el empobrecimiento de la India hasta expulsarla del “club de los ricos” existente antes del siglo XVIII y durante de buena parte de ese siglo y hundiéndola en la dramática miseria posterior. Sin embargo, el ejemplo por excelencia del uso económico-militar, y viceversa, de las drogas por el capitalismo colonialista nos lo da la forzada introducción en la China del opio producido en la India dominada por Gran Bretaña, hasta que el gobierno chino empezó a frenar esa agresión, lo que dio una “justificación” a los británicos para sus espeluznantes invasiones sucesivas de China que deben considerarse como uno de los adelantos más estremecedores de lo que posteriormente será el narcoimperialismo.

Nos estamos refiriendo a las Guerras del Opio provocadas deliberadamente por Gran Bretaña para ampliar la salida mercantil a su creciente sobreproducción industrial y, a la vez, saquear la rica China y transferir esa riqueza a la burguesía británica. La excusa oficial para semejante crimen fue que el gobierno imperial chino se había opuesto a lo que Gran Bretaña definía como “libertad de mercado”. En realidad, Gran Bretaña necesitaba abrir urgentemente el gran mercado chino a los productos fabricados en su

imperio y entre ellos al opio, cuya producción aumentó considerablemente en amplias zonas bajo su dominación. Los británicos empezaron a introducir en China más opio del que se consumía hasta ese momento y el gobierno imperial de ese país, tras legalizar su consumo en 1836 para no irritar a los británicos, terminó imponiendo serias restricciones debido a los devastadores efectos sociales inseparables del consumo masificado de opio.

Gran Bretaña declaró la guerra a China en 1839 con la excusa de defender la “libertad de mercado” negada por la decisión china y la ganó en 1842, imponiendo en ese año las leoninas condiciones del Tratado de Nanking por el que China resarcía a Gran Bretaña con 21 millones de libras esterlinas de plata y con la concesión del estratégico puerto de Hong-Kong que será el principal nudo en la red asiática de las drogas. Como efecto de todo ello, el malestar social se expandió por China y en 1851 estalló la sublevación de los Tai-Ping en contra de toda una serie de injusticias y contra la presencia de los capitalistas occidentales. Fue un movimiento de recuperación nacional que se expresaba en claves religiosas y que llegó a crear un Estado propio en el sur de China que resistió hasta 1864. Pero sus ideales no desaparecieron sino que volvieron a tomar cuerpo en 1900 con la sublevación de los bóxers mantenida hasta 1911.

En 1855, los británicos invadieron nuevamente China para fortalecer su dominación y el Tratado de Tien-tsin de 1858 otorga a Gran Bretaña el control de nada menos que las siete octavas partes del comercio total de China y un aumento apreciable de la venta de opio británico. Sin embargo, en 1860 la burguesía occidental franco-británica ataca de nuevo, ocupa Pekín e incendia el Palacio de Verano, obteniendo nuevas concesiones chinas, que también son dadas a Rusia. Bajo estos permanentes ataques europeos y en medio de una crisis interna total, se multiplica el consumo del opio británico de forma que si en 1860 China le compraba 58.681 cajas de opio, en 1880 compraba 105.508 cajas de opio a la cristiana y civilizada Gran Bretaña. Semejante expolio hubiera sido imposible sin las correspondientes estructuras financieras situadas en el corazón mismo de la tragedia. En 1864, Gran Bretaña creó el Hong-Kong and Shanghai Bank destinado a financiar y lavar las ganancias del saqueo y del comercio del opio, además de otros negocios menores que servían de tapadera. Los efectos de esa agresión global extranjera incalificable fueron demoledoras para China, que pasó de ser un exportador nato a un importador dependiente, incapaz de mantener sus territorios, como sucedió en 1894 y 1898, mientras transfería forzosamente a los británicos grandes masas de capital sin las cuales Gran Bretaña no hubiera mantenido su hegemonía mundial con tanta facilidad.

Otro ejemplo igualmente estremecedor del uso de las drogas, el alcohol en especial, como instrumento de control social, alienación y desestructuración de las masas trabajadoras nos los ofrece la brillante investigación de F. Engels realizada en 1845 sobre la situación social de la clase obrera británica. En general, esta dura denuncia de las condiciones en que malvivían las masas trabajadoras británicas, en especial los trabajadores irlandeses y escoceses, por este orden, debido a la doble opresión que sufrían, la nacional y la social -también saca a la luz la triple opresión de las irlandesas y escocesas emigradas en Inglaterra: la de sexo-género, la nacional y la clasista. Esta crítica debe aplicarse también al resto de los Estados capitalistas durante los largos decenios de la industrialización. El alcohol fue una droga que en aquellas condiciones insufribles de explotación y desarraigo, garantizó -junto a otros instrumentos— la suficiente desestructuración de la vida cotidiana de las masas, el aumento de la violencia intrafamiliar y de sexo-género, la pasividad de las clases trabajadoras emigrantes que ahogaban éticamente sus

frustraciones, el desprecio chauvinista y racista de los trabajadores ingleses contra los emigrantes, etc.

A medida que el capitalismo se acercaba a su fase imperialista, e incluso antes, la lucha de clases interna daba un salto en su reivindicación al desarrollarse las primeras fábricas industriales, se extendía por toda la sociedad burguesa un proceso triple consistente, primero, en el empeoramiento de las condiciones de vida de las masas trabajadoras y por ello mismo un aumento del consumo masivo de drogas sustitutivas como el alcohol para las masas y el opio para la burguesía; segundo, las reflexiones iniciales de sectores burgueses sobre la conveniencia de algunas reformas asistenciales y sociales, más que nada para acelerar la recuperación física de la agotada fuerza de trabajo y quitar presión al malestar obrero, con lo que se abría el camino a la seguridad social y con ella al problema del uso legal de drogas diferentes para lo que se exigía la industrialización tanto de la medicina científica y química como de la salud obrera y, tercero, el aumento de las contradicciones interimperialistas que darían paso a la guerra mundial de 1914-1918.

Por ejemplo, en la Euskal Herria de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, cuando tras la derrota vasca en la guerra defensiva de 1872-1876 se liquidaron las últimas barreras aduaneras existentes desde tiempos inmemoriales, de modo que desde entonces la parte de Euskal Herria bajo dominación española tuvo que abrir definitivamente y sin defensa alguna sus tiendas y tabernas a los alcoholes sobrantes en el Estado español. Además de hundir en la miseria grandes áreas de producción de sidra, txakolí y vinos de baja graduación, se sentaron las bases para que el alcoholismo se propagara en las miserables condiciones de la sobreexplotación de finales del siglo XIX y comienzos del XX, que no desaparecería desde entonces.

La invasión española desestructuró todos los sistemas de regulación social anteriores y ayudó a esa desestructuración con sus decisiones que dieron nacimiento a las zonas industriales en las que se amontonaban masas de emigrantes y trabajadores autóctonos en medio de un contexto de salvaje explotación y acumulación originaria de capital. Estos espacios de sobreexplotación social, protegidos de las resistencias obreras por la opresión nacional y la ocupación militar, fueron sometidas a otra invasión de drogas, del alcohol duro y de mala calidad, destinado a adormecer el malestar popular. Verdaderas mafias de pistoleros al servicio de la patronal vasca imponía la tiranía cotidiana con el visto bueno de las fuerzas represivas españolas. La generalización del alcoholismo iba unida a la ley de la selva, y las incipientes organizaciones obreras y sindicales debían sortear múltiples prohibiciones y obstáculos, muchos de ellos extralegales y hasta caprichosos aplicados por cada patronal.

Sobre esta base de pandillismo, drogodependencia, opresión y explotación se multiplicaban los beneficios de la burguesía vasca exportadora de mineral de hierro, pasando a ser más tarde una burguesía industrial-financiera. Sin embargo, otras fracciones burguesas y hasta sectores de la burguesía minero-industrial comprendieron que, bajo la presión obrera, les convenía ordenar un poco el caos, desarrollar algunas asistencias sociales pactadas en cada empresa, impulsar asociaciones religioso-femeninas -no feministas— para mejorar las condiciones de explotación patriarcal dentro de las familias obreras e iniciar una lucha exclusivamente privada contra el abuso del alcohol. O sea, surgió la misma reflexión oportunista que se había mantenido en todo el capitalismo sobre si era mejor la sobreexplotación masiva que rendía altos beneficios en poco tiempo, pero que, por un lado, agotaba rápidamente la fuerza de trabajo con lo

que se reducían los beneficios a medio y largo plazo y, por otro lado, terminaba concienciando a la clase trabajadora o si resultaba más rentable a medio plazo adelantarse a la crisis, introducir algunas reformas, beneficiar especialmente a algunos sectores obreros, etc. Pero no se redujo apenas el abuso del alcohol.

La experiencia vasca entraba dentro de la experiencia capitalista, agravada por la opresión nacional impuesta por la invasión española. La causa directa del aumento del consumo de drogas en esta época radica en el hundimiento más o menos brusco, en poco tiempo a escala histórica larga, de la cotidianeidad de vida todavía anclada de alguna forma en las costumbres campesinas y artesanales, apenas pequeño burguesas, debido al avance arrollador de la vida bajo la dictadura del salario, del malvivir en las barriadas pestilentes e insalubres, en la desaparición de un mundo en el que el tiempo con todas sus expresiones cotidianas, festivas, culturales, amorosas, mortuorias, etc., se vivía en respuesta a exigencias productivas y reproductivas, mayoritariamente campesinas, muy diferentes por no decir opuestas a las capitalistas. Masas expulsadas del campo, expropiadas de todo su pasado y recursos de vida independiente, y obligadas a venderse por una miseria de salario al patrón de otra zona a la que han tenido que emigrar o de la ciudad cercana.

3.2.

Además de otras drogas de menor consumo y de acceso exclusivo de la burguesía, tales como el opio, tres fueron las empleadas masivamente por las masas obreras como recurso escapista: el tabaco, el alcohol y la religión, el café todavía era caro. Rápidamente, dentro del socialismo surgieron críticas agnósticas o ateas dirigidas a reducir el consumo del opio religioso y a luchar contra su apología hecha por las iglesias no católicas, por el “socialcristianismo” y por el Vaticano. También desde el socialismo se inició la lucha contra el alcoholismo y sus efectos con la publicación de revistas, semanarios, conferencias y hasta prácticas concretas dirigidas por grupos de médicos progresistas y críticos. Contra el tabaco se luchó poco porque se desconocían sus criminales efectos sanitarios, pero también recibía críticas. El café era muy valorado porque permitía mantener mal que bien la lucidez en las largas y agotadoras jornadas de trabajo asalariado.

En este contexto, la ideología marginalista y neoclásica, el utilitarismo individualista, daba una excusa aplastante a una burguesía atenazada por el movimiento obrero interno, por las crecientes luchas anticoloniales y por las también crecientes contradicciones interimperialistas. No había masas y menos aún clases sociales, había individuos fracasados, podridos por los vicios de la vagancia, embrutecidos por el alcohol, que sólo respetaban la ley del más fuerte. Fueron los años de la aparición de la sociobiología, del racismo y eurocentrismo y del darwinismo social. Ahora bien, también fueron los años de integración de una buena parte del movimiento obrero internacional en el nacionalismo de las burguesías imperialistas, como se demostraría en el verano de 1914.

Para alienar a los trabajadores en el nacionalismo imperialista había sido muy efectiva la política de reformas sociales y salariales asentadas, en buena medida, en el aumento del beneficio interno por el incremento de la producción industrial y en las sobreganancias imperialistas, lo que hizo que la burguesía dejara caer los restos de sus festines primero a la aristocracia obrera y después a las restantes franjas de trabajadores. Interesa

constatar en este sentido que buena parte del movimiento obrero asumió la ideología individualista y utilitarista burguesa dominante y esencial al nacionalismo capitalista. Los obreros de un Estado se comportaban como utilitaristas e individualistas en busca de su mínimo beneficio extra obtenido de los obreros del Estado burgués enemigo mediante la violencia, y no hace falta decir cómo se comportaban en contra de los pueblos oprimidos por sus Estados.

La guerra de 1914-1918, como todas las guerras, tuvo efectos multiplicadores en el consumo de drogas. Los Estados aumentaron la producción industrial-militar, lo que exigía sobrecargar la fuerza de trabajo con el consiguiente aumento del consumo de drogas de todo tipo. Las tropas eran drogadas con alcohol de alta graduación antes de los ataques a las trincheras enemigas, en las enfermerías de campaña se recurría masivamente al opio y a la morfina para paliar los dolores de las heridas, el alcohol blando y duro, el tabaco, el café y la religión eran de consumo masivo entre las batallas. La industria química creó nuevas drogas para estas necesidades capitalistas. Los efectos de este abuso continuado pero imprescindible se empezaron a sentir antes de acabar la guerra porque las drogas no lograron aniquilar las lógicas inquietudes de las masas y menos aún borrar el vital instinto de supervivencia, el miedo a la muerte. En 1917 estallaron protestas y motines en muchos ejércitos aliados y las revoluciones de febrero y de octubre en Rusia, mientras también se debilitaba la moral de lucha de las tropas germánicas. Las causas de estas crisis fueron profundamente sociales, ante las que de poco servían las drogas. En el frente occidental, la respuesta aliada fue una mezcla de represión suave, castigos más duros y concesiones materiales.

En Rusia la respuesta zarista fue la represión salvaje, lo que precipitó el masivo descontento de las tropas y de parte de la suboficialidad, lo que unido a la crisis social rusa y al buen trabajo concienciador realizado por los bolcheviques, aseguró la victoria revolucionaria. Sin embargo, la gravedad trágica del problema de la drogodependencia socialmente masiva aparecería al desnudo cuando las fuerzas reaccionarias zaristas abrieron sus bodegas selectas y las reservas de alcohol para ahogar éticamente la revolución. La dirección bolchevique no dudó un segundo y destacamentos armados extremadamente fieles destruyeron esa arma de exterminio biológico, destrozando bodegas y desparramando por alcantarillas y suelos miles de litros. Los primeros años revolucionarios, que precisamente fueron los más duros y llenos de sacrificios, lograron sin embargo una reducción de la pandemia alcohólica de las masas rusas, debido a los avances cualitativos en los derechos sociales y al espíritu nuevo reinante.

Pero aún así permaneció latente la costumbre escapista de recurrir a la droga para no enfrentarse a la realidad, y conforme la burocracia posrevolucionaria aumentaba su poder, reprimía a los revolucionarios y liquidaba la democracia socialista, ascendía también el alcoholismo ruso, que terminó siendo una forma muy efectiva de obtener impuestos indirectos por el Estado. Con la degeneración burocrática imparable, los efectos destructores del vodka llegaron a tal nivel que una de las primeras medidas de la perestroika fue intentar prohibir su fácil adquisición, regular su venta y cortar el aumento de su ingesta. Pero fracasó porque la sociedad no podía ofrecer ninguna otra alternativa mejor, porque surgieron mafias del vodka edulcorado y porque se reinstauró el capitalismo.

3.3.

Mientras duró la revolución bolchevique, hasta finales de la segunda mitad de la década de los años veinte del siglo XX, se demostró que otro régimen social opuesto al capitalista podía avanzar a pasos de gigante en la superación de las causas de la drogodependencia, sobre todo teniendo en cuenta las terribles condiciones en las que tuvo que sobrevivir. Esta experiencia sería más tarde confirmada por otros procesos revolucionarios triunfantes, como fue el proceso chino de toma de conciencia nacional y de los efectos mortales de la imposición del opio por la Gran Bretaña posteriormente reforzada por otras amenazas y por invasiones occidentales, a las que hemos hecho referencia. Las masas chinas se enfrentaron a su propia dinastía imperial y a los ocupantes; uno de sus objetivos preferidos eran, además de las empresas, embajadas y legaciones occidentales, las casas de consumo de opio y las iglesias cristianas, lugares de desnacionalización, alienación e información de los servicios secretos. La vergüenza nacional china por la claudicación de su dinastía ante el opio y otras exigencias capitalistas occidentales fue uno de los factores que más aceleraron el avance del republicanismo en la incipiente burguesía y del socialismo en el incipiente proletariado y en el campesinado rebelde, procesos que avanzaron a comienzos del siglo XX hasta llegar a los decisivos últimos años de la década de 1920.

Estas y otras experiencias revolucionarias contrastan claramente con el fracaso estrepitoso de la burguesía norteamericana para erradicar el mismo problema y en la misma época. En 1920, Estados Unidos decretó la famosa Ley Seca o de Prohibición destinada a combatir tanto el alcoholismo que se había extendido por causas sociales fáciles de comprender, entre ellas la derrota del movimiento obrero organizado en sindicatos a causa, entre otras, del masivo terrorismo empresarial llevado a cabo por pandillas mafiosas, como del aumento vertiginoso del consumo de opio en las clases propietarias. En la primera cuestión, la burguesía yanqui no tuvo ningún problema en recurrir a asesinos mafiosos para liquidar a dirigentes sindicales contando con el beneplácito policial. Hay que decir que en la historia de la lucha de clases en este país, la burguesía nunca tuvo remordimiento alguno en crear sus propias organizaciones armadas paralegales, estrechamente vinculadas con las legales, para aplastar al movimiento obrero; más aún, cuando estas fuerzas no eran suficientes la patronal contrataba a las mafias. En la segunda, el consumo de opio, los problemas quedaban dentro de cada familia burguesa.

Existía pues una sólida alianza entre partes de esas mafias y sectores burgueses, lo que explica que una vez decretada la Ley Seca o de Prohibición, casi de inmediato aparecieran las mafias que amasaron impresionantes fortunas, que se relacionaron con otros negocios ilegales o legales y que corrompieron todavía más la ya agujereada administración yanqui. Las mafias norteamericanas se aliaron con las mafias británicas para surtirse del alcohol escocés y canadiense, y del opio asiático controlado por la burguesía británica desde sus puertos de Hong-Kong y Shanghai. Naturalmente fueron los bancos británicos los que controlaron la mayor parte del proceso de lavado del dinero sucio obtenido con ese negocio. Sobre esta base productiva ya mundializada se creó toda una extensa y ramificada red de garitos de juego y apuestas, de locales de prostitución, de bares y restaurantes, de infraestructuras deportivas para el boxeo, hípica, canódromos, etc., imprescindibles para aumentar el consumo ilegal, para centralizar la recogida del beneficio y para justificar muchas inversiones del dinero aún sin lavar o ya blanqueado. Es obvio que semejante estructura exigía una muy alta corrupción policial, política, judicial y periodística, así como del trabajo de expertas consultorías de abogados.

La crisis económica de 1929 dio nuevos bríos a estas prácticas y negocios porque eran los únicos que garantizan el orden de explotación y, en lo económico, tenían una demanda en ascenso causada por el deterioro de las condiciones de vida. Sin embargo, en 1933, el gobierno de Roosevelt suspendió la Ley Seca. Básicamente, hay tres razones que explican esta decisión. Una, la codicia de la burguesía yanqui con negocios legales que veía cómo se enriquecían las mafias del alcohol y otras drogas, mientras ella justo podía recuperarse del desastre de 1929: había que abrir el mercado del alcohol aunque se contradijeran todas las grandiosas declaraciones de 1920. Otra, introducirse en el negocio internacional de las drogas, controlado mayoritariamente hasta entonces por las mafias y la burguesía británicas, para lo que se requería un nivel de control estatal yanqui que sólo se obtenía mediante la legalización. Además, también se trataba de recuperar parte de ese dinero para el Estado mediante los impuestos legales, un Estado que necesitaba aumentar sus arcas enflaquecidas por la crisis de 1929 y lanzado a una política de gasto público para reactivar la producción y el consumo, reducir el paro y contener el malestar social.

En la Europa occidental sacudida por la oleada de revoluciones y contrarrevoluciones posteriores a 1917, las burguesías tampoco dudaron en crear grupos armados en los que tenían inmediata cabida excombatientes reaccionarios y criminales del hampa pertenecientes o no a organizaciones criminales. Estos grupos que hasta entonces apenas se habían relacionado con la burguesía en cuestiones estrictamente políticas, aunque sí en los negocios de prostitución, drogas, robo de obras de arte, blanqueo de dinero y tráfico de armas, etc., pasaron de ahora en adelante a ser más que aliados en la lucha contrarrevolucionaria: se fusionaron con las fuerzas armadas especiales de los movimientos nazifascistas.

En el Estado español, por ejemplo, los peores asesinos en serie de las bandas falangistas que mataban por millares desde simples demócratas hasta revolucionarios consecuentes, provenían de las propias filas de falangistas, pero también de criminales sacados de las cárceles y de los bajos fondos, de modo que se crearon poderosos grupos internos al franquismo dedicados al robo descarado y público, a la expropiación de bienes ajenos, etc., y que formaron las pandillas de matones que actuaban al lado de las policías en la represión de las luchas sociales, y veremos cómo el PSOE recurrirá a ellos nuevamente para crear el GAL en su terrorismo de Estado contra Euskal Herria. Lo mismo sucedió en América Latina sometida a la alianza sanguinaria entre sus burguesías reaccionarias y el imperialismo yanqui. De un modo u otro en estas alianzas siempre aparecía el uso de las drogas con fines múltiples, lo mismo que aparecía el uso de la prostitución como arma de los servicios secretos para obtener información y chantajear.

4. CAPITALISMO IMPERIALISTA Y KEYNESIANISMO

4.1.

Una apreciación correcta de las lecciones de Rusia, China, Estados Unidos, Europa occidental, Latinoamérica, etc., nos exige ubicarlas en la fase histórica del inicio de las contradicciones imperialistas mundiales y no sólo en las contradicciones locales o regionales. El desarraigo social masivo, la destrucción de las costumbres sociales de vida

colectiva, la desaparición de la seguridad vivencial que éstas y otras estructuras garantizaban, más la imposición de la explotación asalariada fabril o del trabajo campesino explotado por las grandes multinacionales de la alimentación, éstos y otros fenómenos fueron introducidos por el imperialismo o multiplicados si ya existían antes, tanto en el llamado “tercer mundo” como en el supuestamente “primer mundo”.

El capitalismo de las fases mercantil y manufacturera había generado los mismos problemas en esencia, pero la fase imperialista además de reforzarlos creó otros nuevos, como fueron el aumento de la ansiedad e incertidumbre por la generalización de las guerras, por la vuelta del paro estructural desde 1929, por la frustración que surge de ver los escaparates llenos de ofertas fabricadas en serie y saber que no se tiene dinero para comprarlas porque todavía no se había desarrollado apenas la compra a crédito, por los celos y miedos machistas de los hombres al aumentar el trabajo asalariado de las mujeres fuera del domicilio, por las mecánicas rutinarias de la cadena de producción que ya se estaba aplicando en las fábricas, etc.

Lo que se estaba produciendo era la definitiva mercantilización de las drogas, es decir, que habían dejado de ser una cosa más que se consume de vez en cuando, que puede ser bien o mal vista según los casos y que por ello permanece dentro de la esfera de la circulación y del consumo de segunda, para pasar a ser un producto imprescindible para el buen funcionamiento relativo de la explotación capitalista y del beneficio que produce. Este salto decisivo, o si se quiere, la subsunción real de las drogas en la lógica de la acumulación, se produjo en estos años en los que el capitalismo endurecía viejas contradicciones y creaba otras nuevas. Una de las condiciones previas necesarias para el salto del narcocapitalismo al narcoimperialismo radica en esta subsunción real de las drogas en la lógica de la acumulación, pero todavía serán necesarias otras condiciones que se satisfarán más adelante, como veremos.

Además, esta subsunción se realizó en el mismo proceso de militarización del capitalismo imperialista, es decir, e insistiendo en una característica crucial que se agudizará con los años, en el hecho de que las burguesías más poderosas quieren y necesitan -en la burguesía, esta dialéctica entre la libertad y la necesidad se viven dentro de la dialéctica entre el racionalismo utilitarista e individualista y el irracionalismo estructural y objetivo del modo de producción capitalista— generar una tercera esfera o sector productivo, el de los bienes de destrucción, es decir, el armamentismo imperialista, que desde sus orígenes nació esencialmente unido al intervencionismo estatal y a las inversiones en armas de los capitales sobrantes. La mercantilización de las drogas, que se inicia en este período, llegará a ser parte interna del sector de producción de bienes de destrucción a finales del siglo XX, como veremos en su momento.

Pero además de este proceso que había empezado antes del período de entreguerras de 1918-1939, también en estos años se produjeron dos transformaciones muy importantes en la sociedad capitalista y que tienen estrechas relaciones con la mercantilización de las drogas. Una fue que las recuperaciones posteriores a la guerra de 1914-1918 permitió que aumentase tanto el capital financiero que rápidamente empezaron a surgir los primeros “paraísos fiscales”, centro decisivos en todo el problema de la “economía criminal”, como veremos más adelante. A partir de 1920 ya empiezan a operar estos centros tramposos -islas de Man, Las Bahamas, Liechtenstein, Suiza, Luxemburgo...— que crecerán tras la crisis de 1929 y darán otro salto importante a partir de 1945. No es casualidad, sino todo lo contrario, que en octubre de 1931, el mafioso Al Capone pudiera criticar sin pelos en la lengua la doble moral de la banca norteamericana, que engañaba

legal y premeditadamente a sus clientes para hundirlos en la miseria tras sacarles todos sus ahorros; tampoco es casualidad que fuera en 1939 cuando en Estados Unidos se inventó el concepto de “delitos de cuello blanco”, es decir, los cometidos por la alta burguesía al amparo de su propia legalidad.

La otra fue que en esta época se sentaron las bases de la corriente de la economía política burguesa que sin superar las limitaciones insuperables de la ideología burguesa, pretende encontrar una solución a las crisis recurrentes del sistema. Keynes (1883-1946) avanzó más allá de lo que habían hecho hasta ese momento otros intelectuales burgueses y en especial algunos teóricos de la socialdemocracia. Con respecto al tema que nos ocupa, el keynesianismo -con el apoyo de la socialdemocracia— sentó las bases para un intento de tratamiento menos irracional del problema de las drogas al crear una política asistencial en la que la salud obrera era asumida por el Estado y esto se llevó a cabo en un momento de retroceso de la corriente marginalista. Aún faltaban años para su recuperación bajo la forma neoliberal, pero las tendencias de fondo del capitalismo ya estaban presionando como veremos en su momento.

Antes de llegar a esa fase, conviene recordar que inmediatamente después de acabar la guerra de 1939-1945, los sectores más reaccionarios defensores de lo que ahora denominamos neoliberalismo crearon una asociación privada, y apenas conocida, destinada a preparar las condiciones de su victoria futura. Hay que insistir en esa decisión porque muestra que nada en el capitalismo está exento de la intervención política de las fuerzas sociales. Además, por estas fechas se crearon varias asociaciones, grupos e instituciones privadas formadas por empresarios y políticos aliados pero que también habían participado muy activamente en el bando nazifascista y militarista japonés; colectivos de planificación y presión que se inscribían dentro de la estrategia global yanqui diseñada desde 1944 y oficializada con el nombre de Bretton Wood.

4.2.

El keynesianismo no pretendía acabar con las drogas y con la amplia “economía criminal” que iba en aumento en el interior de la burguesía, sino sólo con aquellas que no podían entrar en la economía “visible” capitalista, bajo la lupa de la contabilidad estatal, en suma. La política keynesiana de salud pública, por el contrario, se basaba en el recurso sistemático a muchas drogas químicas destinadas a recomponer en muy poco tiempo la capacidad psicosomática de la fuerza de trabajo. La masificación de los psiquiátricos sirvió para apartar de la sociedad productiva a quien pudiera obstruir su funcionamiento; la proliferación de centros de control psicológico en las empresas públicas y privadas, en los ejércitos y hasta en las universidades, sin olvidarnos de las prisiones, buscaba el mismo objetivo, como lo buscaban también las múltiples consultas psiquiátricas y psicoanalíticas en la llamada “sociedad civil” destinadas a vigilar la salud mental de unas gentes que deberían creerse que vivían ya en el “mundo feliz” del desarrollo y del pleno empleo eternamente estable.

Las transnacionales de la salud industrializaron la producción en serie de analgésicos, euforizantes y antidepresivos, barbitúricos, sedantes, opiáceos semisintéticos, etc. Después de 1945, el capitalismo occidental levantó una imagen de “mundo feliz” en el que además de tenderse a la “extinción de las clases”, también se caminaba al control científico del ser humano como única garantía de su felicidad y de la seguridad de la

“democracia occidental”. Desde la sociología hasta la medicina, todo estaba orientado hacia la obtención del máximo beneficio en un marco de paz social.

La insistencia del keynesianismo en las cuentas públicas exigía la vigilancia policial más eficaz posible sobre todos los negocios para que no se le escapara ningún impuesto a un Estado que invertía grandes sumas en el gasto público, pero sobre todo en el militar y en el apoyo decisivo a las infraestructuras capitalistas, así como al consumo selecto de la clase dominante. Además, la economía capitalista marchaba bien entre otras cosas por las inmensas inversiones en el sector primario, el de producción de bienes de productos, urgentes para reconstruir todo lo destruido durante la guerra de 1939-1945, y luego, cuando éstas empezaron a decrecer, por las inversiones inmensas en el sector secundario, el de producción de bienes de consumo y de servicios, vitales para agilizar las ventas de las cada vez más mercancías sobrantes.

Por último, sin extendernos, la militarización inherente al keynesianismo absorbía los restos de capitales sobrantes que no se habían invertido en los dos sectores anteriores. Más aún, el Estado keynesiano llevaba una política de déficit público destinada a facilitar la iniciativa burguesa, trasladando las deudas de los empresarios al déficit público. En estas condiciones apenas había espacio para la especulación financiera y para los negocios legales e ilegales, por la simple razón de que eran más rentables los legales, recibían más ayudas que los impuestos que tenían que pagar, y en cualquier caso tenían más mercados de venta del que disponían los negocios ilegales.

Sin embargo, dentro del keynesianismo vivía con mucha holgura una fuerte corrupción interna, en la que las mafias de todo tipo se entremezclaban con las burguesías de la construcción inmobiliaria, del turismo y en general del sector servicios. Más aún, si comprendemos, desde una perspectiva más amplia, que el keynesianismo fue únicamente el nombre más conocido dado a una estrategia burguesa de intervencionismo estatal planificado sobre la economía, con diferentes formas e intensidades según los países, para paliar las contradicciones sociales, etc., comprendemos más fácilmente las relaciones entre la corrupción y las mafias con el poder de una burguesía intervencionista, lo que se comprueba con dos ejemplos.

Uno, Italia, un punto especialmente débil del orden norteamericano en la Europa posterior a 1945 por la fuerza de sus movimientos revolucionarios en un lugar geoestratégico para el imperialismo yanqui, se gobernó durante varios decenios mediante el pacto estratégico de la Santísima Trinidad: la democracia cristiana, la mafia y la camorra, y el Vaticano, pacto protegido de cerca por la embajada de Estados Unidos y por el cuartel de la OTAN. En plena guerra de 1939-1945, Estados Unidos negociaron con capos mafiosos italo-americanos la ayuda que estas fuerzas criminales darían a los norteamericanos para debilitar a los alemanes, pero sobre todo para destrozar a las poderosas guerrillas comunistas y asentar el gobierno de la burguesía italiana que hasta el día antes de la retirada alemana había sido fanáticamente fascistas durante años. Desde entonces las mafias han sido elementos decisivos de la «democracia» italiana y dentro de ella.

El otro ejemplo es el de Estados Unidos que también gozaba de una alianza entre sectores mafiosos y los sectores más reaccionarios de la burguesía yanqui, que venía de mucho antes como hemos visto, pero que se vuelve a confirmar ahora con en el asesinato de Kennedy, en la permanente agresión a Cuba y en concreto en el intento de desembarco en Bahía Cochinos, en las irrompibles relaciones entre mafias y contrarrevolucionarios cubanos en Florida y en otros sitios. Posteriormente veremos

cómo la decisión estadounidense de recurrir a las mafias para sufragar con el dinero de las drogas el rearme de fuerzas contrarrevolucionarias en muchos lugares del planeta, precipitaría el florecimiento de la economía “criminal” dentro del capitalismo. Fueron estos grupos los que también crearon sus redes de comercialización de la droga que se producía en el Sudeste Asiático -Birmania, Cambodia, Laos...— y que vía Vietnam del Sur llegaban a Estados Unidos y, desde ahí, era parcialmente destinada a las agresiones a Cuba a lo largo de varias etapas.

Es, precisamente, después de 1945 cuando Estados Unidos inicia su ataque a las formas tradiciones de producción de coca en Latinoamérica, con la excusa de la lucha contra el comunismo en países como Perú, Bolivia, Colombia y otros. Se ha intentado justificar esta intromisión yanqui con la tesis de que quería avanzar en la lucha contra el consumo de drogas que se incrementaba en el interior de su país y a la vez humanizar las condiciones de vida de las masas campesinas sudamericanas. Hay que saber que la burguesía yanqui tenía mucho miedo a las consecuencias que podía acarrear el fin de la guerra de 1939-1945 a causa del retorno de los soldados a su país, a causa del sobrante de cientos de miles de mujeres que habían entrado a trabajar en las fábricas durante la guerra y tendría que volver al “dulce hogar”, a causa de los sobrantes improductivos de muchas fábricas, etc.; ante estos miedos había que buscar el control interno y la salida de capitales propios al exterior, además de los que ya se establecían en Europa.

Mirando a su “patio trasero”, Estados Unidos necesitaba frenar el malestar social creciente y desestructurar a las masas campesinas, fortalecer las fracciones reaccionarias de las burguesías y debilitar a las progresistas, crear en Latinoamérica ejércitos mafiosos fieles a las transnacionales yanquis, etc., todo ello para facilitar una nueva ofensiva imperialista. La destrucción de las formas tradiciones de producción de coca, asentadas en los consumos cotidianos, culturales, rituales, etc., asestaba un duro golpe a la centralidad histórica del campesinado y a la vez debilitaba toda una estructura social controlada por una burguesía autóctona que podría resistirse a las exigencias imperialistas. Junto a esto, determinados capitales yanquis podrían dominar el comercio de la coca. Estados Unidos no tenía ningún rubor en lanzarse a esa agresión porque lo mismo había hecho en Italia con la mafia, como hemos visto. La política yanqui por el control de la producción de coca se endurecería con la revolución cubana de 1959 que asestó un golpe mortal a las mafias que operaban en la isla, vitales para el mantenimiento de la dictadura de Batista y, mediante ella, del poder absoluto de Estados Unidos sobre el pueblo cubano.

4.3.

Durante esta fase, las mafias se movían aún dentro de unos márgenes bastante reducidos si los comparamos con los actuales. El pistoletazo de salida en la carrera por ampliar sus negocios hasta lo insospechable se produjo cuando durante la década de los los setenta las diversas burguesías fueron abandonando el keynesianismo y optando por el neoliberalismo en respuesta a la crisis estructural del capitalismo gestada en la década de los sesenta y que estalló a finales de esa década y comienzos de la siguiente. Fue una decisión político-económica destinada a sacrificar las conquistas sociales y la calidad de vida que garantizaban a la mayoría de la población, la que trabaja asalariadamente, sacrificio que estaba destinado a saciar el egoísmo utilitarista burgués enfurecido por la caída tendencial de su tasa de beneficios. Una decisión político-económica porque

además de los cierres de empresas, reducciones salariales, desmantelamiento de conquistas sociales, etc., aplicados desde entonces, los Estados también aplicaron represiones y restricciones de derechos sociopolíticos y recurrieron a una forma de guerra biológica no definida como tal por las convenciones internacionales, pero terriblemente destructora como es la utilización estatal de las drogas para exterminar a militantes revolucionarios y debilitar a pueblos resistentes. Ya hemos hablado antes del uso del alcohol como arma de exterminio de pueblos precapitalistas a manos de los invasores occidentales, dentro de una práctica militar de usar armas biológicas que nos remite a la edad antigua.

La utilización político-militar por el Estado de drogas definidas como ilegales por ese mismo Estado, es una costumbre que se incrementó en la década de los sesenta del siglo XX contra determinados procesos revolucionarios internos y externos. Estados Unidos, por ejemplo, no hicieron nada para cortar el uso del alcohol envenenado contra las naciones indias, ni tuvo ningún escrúpulo en utilizar a las mafias contra el sindicalismo obrero, como hemos visto; pero al avanzar la década de los sesenta varios movimientos de protesta coincidieron en una poderosa corriente contestataria: la emancipación de las mujeres, un nuevo movimiento obrero, las reivindicaciones etno-nacionales de muchos pueblos y en especial de las masas negras descendientes de los esclavos, la oposición a la invasión de Vietnam, el apoyo de muchos sectores a Cuba, una nueva oleada de creatividad cultural crítica, etc.

En este contexto, el Estado yanqui empleó las drogas como arma política de delación y represión, pero también de destrucción física de militantes. Una mención muy especial hay que hacer aquí a la deliberada política de introducir la nueva droga química denominada crack en los barrios conflictivos, especialmente en los neoyorkinos del Bronx y Harlem para destruir al poderoso movimiento negro y a la vez recaudar dinero para sufragar las agresiones a Irán y Nicaragua. El Estado italiano también inundó con drogas duras y blandas las zonas urbano-industriales en las que abundaban las organizaciones armadas que durante los setenta y comienzos de los ochenta se enfrentaron a la burguesía, y el uso policial de la droga acompañaba al desmantelamiento industrial, al cierre de empresas y a la precarización social: se trataba de quitarle el agua al pez, de destruir las bases sociales que multiplicaban la fuerza de las organizaciones armadas.

Euskal Herria ha sido y es uno de los pueblos más sometidos a la interacción planificada de toda serie de armas opresivas. Durante los últimos años de la dictadura franquista comenzó a aparecer por las calles vascas una gama de drogas ilegales denominadas "blandas" pero también otras como la heroína y la LSD. Inicialmente pasaron desapercibidas para la mayoría de los colectivos afectados por el problema las relaciones entre ese creciente alubión de drogas y las omnipresentes fuerzas represivas españolas, pero rápidamente surgieron las primeras dudas y al poco tiempo las primeras certidumbres sobre todo al comprobar cómo la heroína circulaba con total impunidad precisamente en la zona europeo-continental con más densidad de policías por habitantes.

Durante los años ochenta se autoorganizó un influyente movimiento popular que puso al descubierto las conexiones entre las mafias de las drogas y la represión española, mientras que se sucedían movilizaciones, denuncias y luchas prácticas especialmente contra la heroína, causante de que pueblos determinados de Euskal Herria tuvieran la más alta densidad de infectados por el virus del VIH de todo Europa. Además de las

drogas, el Estado español también recurrió a las peores mafias internacionales para crear el GAL y con el directo e imprescindible apoyo del Estado francés, asesinar a ciudadanos vascos. Las mafias internacionales jugaron contra Euskal Herria el mismo papel que habían jugado contra otras clases y naciones oprimidas, papel imposible de realizar sin la intervención del terrorismo estatal.

Dos características eran comunes a estos pueblos: la mayoría independentista vasca en ellos y el que la introducción de la heroína se orientaran hacia las zonas donde abundaba la izquierda independentista vasca. Como en Italia y en otros muchos países, esta ofensiva de la droga en Euskal Herria también se libraba en un contexto de desindustrialización y paro creciente. Una vez derrotada la heroína en su principal objetivo de ataque, se produjo a mediados de los noventa una cierta desmovilización popular en esta problemática, lo que fue aprovechado por el poder para iniciar otra ofensiva con nuevas drogas, especialmente las de diseño químico, la cocaína, nuevos abusos del alcohol y nuevas formas de drogarse con heroína, supuestamente menos peligrosas. Pero antes de extendernos en esta fase actual y última debemos analizar algunas cuestiones previas.

5. CAPITALISMO FINANCIERO Y NUEVAS TENDENCIAS

5.1.

Hemos de detenernos un poco en los decisivos años ochenta y comienzos de los noventa del siglo XX, porque fue en ese período cuando se establecieron definitivamente las características del problema que ahora analizamos, pero que son incomprensibles si no tenemos en cuenta la naturaleza permanente del capitalismo desde sus comienzos históricos. De entrada hay que decir que si el narcocapitalismo no es una excrescencia fortuita del capitalismo sino un paso necesario en su dinámica por mantener la tasa media de beneficios, tasa que tiende a la baja según aumentan una serie de dificultades internas al sistema, si esto es así, mucho menos lo es el paso al narcoimperialismo.

En este sentido y muy en síntesis, lo decisivo del paso del narcocapitalismo al narcoimperialismo radica en las decisiones de los gobiernos estadounidense y británico de comienzos de los años ochenta de recuperar la vieja corriente marginalista pero reconvertida ahora en neoliberal, una corriente que no había desaparecido del todo y que desde comienzos de los cincuenta se había organizado en un selectivo e influyente club de presión política que iba recuperando adeptos en Estados Unidos donde el individualismo utilitarista siempre ha sido ética e ideológicamente dominante, de modo que ya antes de que accediera la administración republicana dirigida por R. Reagan al gobierno, las administraciones demócratas habían dado importantes pasos en esa dirección. Al poco tiempo se le sumó fervientemente el nuevo gobierno conservador de M. Thatcher en Gran Bretaña.

Ahora tenemos que analizar por tanto este circuito completo que empieza en la producción y acaba en los bolsillos y cuentas corrientes del capitalismo. Pero para hacerlo debemos entender primero un conjunto de, como mínimo, seis grandes tendencias nuevas -cada una con sus ramificaciones particulares— desarrolladas básicamente desde comienzos de los años ochenta del siglo XX, porque sin ellas no se hubiera expandido tan rápidamente el problema que tratamos. Antes de seguir, hay que

dejar constancia que tales tendencias no son fortuitas ni casuales, ni debidas al azar, sino que responden a proyectos e intereses, a decisiones tomadas primero por Estados Unidos y seguidamente por Gran Bretaña.

Conviene recordar que a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta el capitalismo mundial se encontraba en una de sus peores crisis históricas en la que interactuaban cuatro grandes contradicciones como era, una, la crisis económica estructural propiciada por la caída tendencial de la tasa media de beneficios; otra, la crisis de orden sociopolítico causada por la fuerte lucha de clases en el capitalismo desarrollado; además la crisis del imperialismo en su conjunto motivada por las grandes luchas de liberación nacional y social de muchos pueblos empobrecidos, y por último, la crisis de legitimidad dentro del capitalismo en todas sus áreas, desde el poder hegemónico de Estados Unidos hasta el agotamiento de la efectividad de los sistemas keynesianos y taylor-fordistas.

Estas cuatro crisis fundamentales, que adquirirían diferentes formas en cada país, generaban una situación insostenible para la burguesía en la que no podemos extendernos ahora, pero sobre todo y fundamentalmente afectaban a lo decisivo: a la propiedad privada capitalista y, secundariamente, a los beneficios cotidianos en su forma desarrollista y convulsamente consumista de las sociedades burgueses occidentales. La contraofensiva denominada neoliberal iba destinada a recomponer el poder capitalista y no sólo asegurar su propiedad sino, de ser posible, aumentarla. No es éste el lugar para analizar cómo se desarrolla desde entonces ese ataque mundial del capital contra el trabajo, sino simplemente sus relaciones con la “economía criminal” y con el proceso que va del narcocapitalismo al narcoimperialismo, aunque todas y cada una de las seis tendencias que vamos a analizar a continuación iban y van dirigidas sobre todo a aumentar la propiedad privada y a multiplicar la forma de vida occidental.

Hagámonos una idea básica de lo que supone y exige esa forma de vida: a comienzos de 2004 un ciudadano yanqui consumía 150 veces más que un nigeriano y la forma de vida occidental gastaba en comida para sus mascotas familiares 17.000 millones de dólares, sólo 2.000 millones menos que los 19.000 millones de dólares dedicados a paliar el hambre en el mundo, mientras que gastaba en cruceros de descanso y turismo 4.000 millones de dólares más que el dedicado a potabilizar agua en los países sedientos. Actualmente, Estados Unidos, con el 5% de la población mundial consume el 25% del crudo del mundo y el 45% de la oferta mundial de combustibles. Por no extendernos demasiado, decir que actualmente el 12% de la población mundial consumimos el 60% de los bienes y servicios del planeta. A comienzos de los años setenta estas injustificables e inhumanas diferencias eran proporcionalmente menores de lo que son ahora. Las seis tendencias desarrolladas desde comienzos de los años ochenta, pero que ya estaban precedidas por medidas anteriores, buscaban precisamente estos dos objetivos, garantizar la propiedad capitalista y aumentar el expolio y saqueo planetario en beneficio de ese 12% de la población y, especialmente, de mucho menos del 1% de la población mundial, la de la alta burguesía, la de esas 300 personas más ricas de la Tierra.

En junio de 2005, la CIOSL (Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres) en su campaña contra el hambre en el mundo ha publicado unos datos sobre la pobreza según los cuales 1.200 millones de personas malviven con un dólar o menos al día. 1.000 millones están desempleados, subempleados o pobres, de los que el 60% son mujeres. Las mujeres perciben un salario entre el 30% y el 60% inferior al de los hombres. 860 millones de adultos son analfabetos. 114 millones de niños en edad escolar

no acuden a la escuela y 245 millones de niños de 5 a 17 años trabajan. Si integramos estas insoportables cifras en una perspectiva móvil e histórica, las cosas empeoran aún más porque ahora, en 2005, nada menos que 54 países son más pobres que en 1990. O con otros datos, ahora el 1% más rico de la población mundial percibe la misma cantidad de ingresos que el 57% más pobre. El informe de la CIOSL abarca quince años, de 1990 a 2005, precisamente los marcados por el asentamiento definitivo de la contraofensiva capitalista iniciada a comienzos de los años ochenta, años que, como veremos, son decisivos para el tránsito del narcocapitalismo al narcoimperialismo.

5.2.

La primera tendencia consiste en impulsar la financierización del capitalismo, la victoria de la llamada “economía de casino”, para, antes que nada, beneficiar a Estados Unidos y a Gran Bretaña en detrimento de los restantes capitalismos, y sobre todo, en detrimento de las llamadas “potencias emergentes” en Asia y en menor medida en América Latina. Además, el impulso de estos Estados a la financierización provenía también de las grandes corporaciones interesadas en lograr nuevos espacios en los que mover sus capitales improductivos. Recordemos que las 200 empresas más grandes del planeta producen el 26,3% del PIB mundial, lo que nos da una idea aproximada de sus enormes recursos sobrantes deseosos de encontrar alguna rentabilidad. Los capitales que cada vez se invertían menos en sectores productivos y de servicios tuvieron así la oportunidad de lanzarse a los mercados financieros desregulados, abiertos a sus exigencias, con menos controles que frenaran sus tropelías. Surgieron muchas formas de “juego financiero”, incluidas las de alto riesgo, consistentes en estar muy poco tiempo en un negocio particular para volar a otro, asumiendo peligros pero obteniendo altos beneficios.

Las demás burguesías no tuvieron más remedio que sumarse a este carro victorioso y como consecuencia de la multiplicación exponencial de capitales lanzados a la financierización y simultáneamente, como efecto de la apertura de los Estados a la movilidad del dinero, enseguida empezaron a formarse burbujas financieras que aprovecharon las innovaciones tecnológicas de Internet y la informática para crear la llamada “nueva economía” de los años dorados de las especulaciones financieras sin red protectora en la caída. No hace falta decir que los enormes capitales de petrodólares, pensiones, ahorros, etc., acudieron en masa, y entre ellos también los capitales del “dinero negro”, los cocadólares, los narcodólares, el dinero del tráfico de armas y de todas las mafias que hasta entonces sólo podían moverse en los controlados mercados bursátiles estatales o regionales.

Lógicamente, Estados Unidos no perdieron un segundo de tiempo en utilizar en su beneficio las potencialidades políticas de estas nuevas tendencias deliberadamente impulsadas. De entre las diversas áreas que existen en esta cuestión, ahora solo analizamos la relacionada con el tránsito del narcocapitalismo al narcoimperialismo. Ya hemos visto anteriormente que en la fase imperialista ya estaba existía una base vital para este tránsito, como es la subsunción real de la producción de drogas en la totalidad del proceso completo de valoración del capital, o sea, en el proceso productivo y reproductivo. Pero faltaban otras condiciones necesarias que se desarrollaron precisamente en esta época y que, en el tema que aquí tratamos, tiene un ejemplo impresionante en las relaciones de la financierización y especialmente de la “economía

criminal” tanto con la implosión de la URSS y del llamado “bloque socialista” como con la lección de coherencia auténticamente socialista dada por Cuba en la segunda mitad de los años ochenta.

Aunque todavía está por estudiar con detalle el papel de la financierización capitalista durante los ochenta en la profundización de las crisis parciales que formaron la gran crisis sistémica de implosión de la URSS, especialmente en la multiplicación de la deuda financiera internacional del llamado “bloque socialista” con sus efectos destructores internos, así como el papel de las mafias en todo ello, tanto con sus intervenciones proimperialistas y antisoviéticas en todo el planeta como en su penetración corruptora y disolvente en la vida social de estos países y de la URSS, siendo así, empero no se puede negar que la burocracia del PCUS no pudo evitar esos procesos degenerativos. Ciñéndonos a las drogas, la rapidez impresionante con la que nacieron poderosas mafias rusas relacionadas directa o indirectamente con los aparatos del PCUS, indica que ya previamente estaban dadas las bases prácticas sobre las que luego se expandirían tales mafias. Sabemos que la corrupción era ya fuerte en la época de Bresnev, avanzando como un cáncer en la década de los setenta, y la corrupción es el oxígeno no sólo de las mafias y de la “economía criminal” sino también del modo de producción capitalista.

Aquí debemos estudiar el ejemplar comportamiento cubano al respecto ya que, en primer lugar, demuestra la irrompible relación entre la “economía criminal” y los intereses burgueses, en este caso con los estadounidenses; en segundo lugar, por tanto demuestra que todo lo relacionado con las drogas tiene un contenido político explícito y, por último, demuestra de forma inversamente proporcional que la lucha contra las drogas es inseparable de la lucha contra la opresión nacional y social completa. En efecto, ya en la segunda mitad de los ochenta, el Partido Comunista de Cuba era consciente del aumento de la corrupción en su interior y lo dijo pública y sinceramente en 1986 tomando medidas para combatirla. Al poco tiempo quedó confirmado fehacientemente que un número muy reducido — una quincena— de miembros de alguna responsabilidad incluido un general en activo realizaban negocios con las drogas y estaban relacionados con las mafias internacionales. La reacción cubana fue encomiable por cuanto radical y directa condenando a pena de muerte a cuatro de ellos en 1989.

Durante la investigación y durante el juicio quedó demostrada, junto a la responsabilidad objetiva de los acusados, también las directas implicaciones de las mafias y en especial de la cubana “exiliada” en Miami en todo el tema. Naturalmente, Estados Unidos movían los hilos no desde fuera sino desde dentro mismo de las cúpulas de los narcotraficantes. El papel de éstos en la lucha contra el pueblo cubano es muy anterior al triunfo de la revolución a principios de 1959, pues las mafias norteamericanas usaban Cuba como su “isla libre”. La revolución acabó con ese paraíso y en respuesta las mafias estrecharon su alianza estratégica y táctica -capitalista— con todos los sucesivos gobiernos estadounidenses, hasta la actualidad. El tránsito del narcocapitalismo al narcoimperialismo que se inició en los ochenta desató tales fuerzas destructivas e inhumanas que sus efectos reaccionarios, dirigidos por Estados Unidos, contaminaron incluso al PC cubano, y no sólo al PCUS y a otros. Pero el pueblo de Cuba pudo sortearse y otros ataques del narcoimperialismo debido a su alta solidez de conciencia y a su fuerte unidad nacional.

Hay que decir que una fecha especialmente importante en la definitiva instauración del narcoimperialismo fue la terrible crisis financiera de octubre de 1997, que no era sino la culminación de las inestabilidades precedentes y el inicio de un sálvese quien pueda y

por el medio que sea. A partir de ahí, enormes masas de capitales de alto riesgo se precipitaron hacia la “economía criminal”, una de las pocas ramas del capitalismo que garantizaban desde entonces altos rendimientos. Ya para entonces, y desde prácticamente el inicio del capitalismo comercial en el norte de Italia, todas las burguesías sabían que en los momentos de dificultades de realización del beneficio, la especulación aparece como una de las tablas salvavidas en medio del temporal. Y 1997 fue más que una crisis cualquiera, fue un ciclón huracanado que barrió todas las certidumbres, reabriendo un período largo de crecientes ansiedades e incertidumbres financieras, en el cual estamos. A finales de abril de 2005, el FMI advirtió de la creciente inestabilidad financiera mundial debido, entre otras razones, al peligroso déficit de Estados Unidos que llegaba ya al 5,7% de su PIB, déficit que sigue creciendo.

En esta fase larga de riesgo creciente, una de las salidas más rentables es la “economía criminal” y el narcoimperialismo. La ética utilitarista e individualista había recuperado definitivamente su dominio ideológico al amparo de esta atmósfera de tensión e inseguridad en el sistema capitalista. La ideología del “sálvese quien pueda”, del “triumfo del más fuerte”, es decir, el fortalecimiento del darwinismo social y del eurocentrismo a él inherente, adquiere toda su esencia contrarrevolucionaria. Teniendo en cuenta las advertencias que hemos realizado al comienzo de este texto sobre la porosa ambigüedad y densa niebla que rodea por su misma esencia todo lo relacionado con la “economía criminal”, pese a esto, los datos cantan.

Si el informe de la ONU de 1995 decía que la suma de las cantidades manejadas por el narcotráfico, el comercio de armas y la prostitución ascendía a un billón de dólares, en esas mismas fechas otras fuentes más crítica y exhaustivas decían que ascendía a entre un billón y medio y dos billones de dólares porque había que introducir en el baremo todos los restantes negocios necesarios para la realización de los anteriores, como servicios, hoteles, banca, etc. En 1997, otros estudios confirmaban que esas cifras rondaban ya los tres billones de dólares y en 1999 se hablaba ya de que la “economía criminal” suponía el 2% del PIB mundial o el 13% del comercio mundial o el doble de toda la facturación petrolífera. Luego veremos cifras relativas a Estados Unidos. Pues bien, el informe de la ONU de 2004 dado a conocer en Brasilia, sostiene que ahora su cuantía asciende a una cantidad situada entre el 2% y el 5% del PIB mundial. Más adelante veremos cómo el capitalismo, especialmente el estadounidense, lava y limpia, “blanquea” este dinero “negro”, dicho en términos racistas, e integrándolo en el circuito productivo legal.

5.3.

La segunda tendencia consiste en la remilitarización del imperialismo yanqui en su clásica modalidad de siempre, pero también en otra nueva que tendría dos fases: la primera subvencionar con métodos ilegales y corruptos las luchas contrarrevolucionarias realizadas por grupos reaccionarios que contaban con el apoyo de las mafias y de la administración yanqui. Desde el caso “irangate”, en el que con dinero de las drogas se organizó la intervención contra la revolución islámica en Irán, de la que hemos hablado, hasta una larga lista en Nicaragua, Cuba, Afganistán, etc. Pero esta táctica exigía apoyarse en grupos mafiosos internacionales y apoyar a esos grupos mafiosos internacionales que tenían sus propias redes de comercio de drogas y de otras muchas mercancías raras, recursos estratégicos, etc. Las facilidades ofrecidas por el

debilitamiento de los controles financieros permitieron que estos grupos criminales empezaran a estructurarse por amplias zonas del planeta. Un ejemplo aplastante al respecto nos lo ofrece la intervención de Estados Unidos contra Afganistán. Antes de 1979 la producción de heroína era testimonial en este país y dedicaba básicamente al uso interno en diversas formas de ritos sociales, místicos, etc. Fue Estados Unidos quién con la ayuda de Pakistán comenzó a impulsar la producción de drogas para financiar la guerra islamista con el ejército ruso en tierras afganas.

En 1984, la CIA preparó a Osama Bin Laden para que aumentase esa producción y los efectivos militares islamistas. Lo que sucedió más tarde todos lo conocemos, que con la victoria de los llamados “talibanes” fue descendiendo la producción pero que volvió a ascender con la “liberación” a manos del ejército imperialista dirigido por Estados Unidos, concluyendo en la situación actual en la que Afganistán produce ni más ni menos que el 87% del opio mundial, y la cantidad de personas y recursos invertidos en su producción suponen el 50% del PIB afgano. Según la ONUDC (Oficina contra la Droga y el Crimen de Naciones Unidas), si en 2003 Afganistán producía 3.600 toneladas de adormidera en las 80.000 hectáreas cultivadas, en 2004 subió a 4.200 toneladas en las 130.000 hectáreas. Según la UNICEF el promedio de vida es de 43 años, sólo el 13% de los 23.897.000 de habitantes tienen acceso a agua potable, el 92% carecen de instalaciones adecuadas de sanidad básica, el 64% son analfabetos, no existen vacunas infantiles y la mortalidad de los recién nacidos es de 170 por cada 1.000. Estas cifras insostenibles empeoran drásticamente cuando se analiza la situación de las mujeres afganas.

Una de las decisiones que más aceleró el tránsito al narcoimperialismo fue el Acta Antidrogas elaborada por R. Reagan en 1986 por la cual se involucraba a las fuerzas armadas yanquis en la llamada “lucha contra la droga”. Aquí apreciamos una absoluta diferencia entre lo que era la legitimación británica de las Guerras del Opio en la segunda mitad del siglo XIX, legitimación claramente ofensiva en el sentido de justificar las invasiones en base a la “libertad de mercado”, y la legitimación defensiva del imperialismo norteamericano a finales del siglo XX al decir que interviene “contra la droga”. Sabemos todos que se trata de una vil y vulgar excusa propagandística destinada a ocultar los verdaderos intereses criminales, pero la diferencia estriba en que a finales del siglo XX el imperialismo yanqui debía afrontar resistencias, rechazos y condenas mundiales mucho mayores que las del colonialismo británico de la segunda mitad del siglo XIX. Quiere esto decir que permaneciendo idénticos los intereses capitalistas, la burguesía, sin embargo, ha de buscar mejores justificaciones porque las resistencias populares han aumentado mucho más. El cambio de una justificación ofensiva a otra defensiva así lo demuestra.

Pero aparte de esta necesaria constatación histórica, también hemos de detenernos en el significado estricto del Acta Antidroga de 1986 pues confirma, sobre todo, el crucial papel de las fuerzas armadas en esta fase entrante del narcoimperialismo y, en general, de la contraofensiva capitalista. Como iremos viendo, introducir al ejército yanqui en la “lucha contra las drogas” era en realidad abrir un nuevo frente global de lucha contra todos los pueblos resistentes, al margen del problema de las drogas. Lo que ocurre es que en las condiciones de acumulación capitalista de finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI, por un lado, cualquier resistencia popular en cualquier parte del planeta dificulta sobremanera esa acumulación y, por otro lado, es un ejemplo práctico para los demás pueblos agredidos. Si a esto le sumamos que el capitalismo actual tiene en la “economía criminal” uno de sus campos más rentables de sobreganancias, entonces comprendemos

perfectamente tanto la necesidad de controlar desde dentro esa “economía criminal” como la necesidad de recurrir al ejército oficial y a toda clase de ejércitos privados.

El Acta de 1986 inicia oficialmente este proceso en su plasmación militar-económica y política, pero también cultural e ideológica, como se demuestra viendo la proliferación desde esa época de toda serie de películas baratas y neofascistas sobre héroes imaginarios que luchan solos contra mafias de narcotraficantes del Tercer Mundo, contra las tropas de la URSS en muchos lugares del planeta, contra supuestas alianzas entre mafias y cubanos, entre mafias e iraníes o palestinos o vietnamitas o chinos o rusos, etc. Tras 1989-1991, desaparecida la URSS, el mensaje neofascista cambia de forma pero se mantienen en su contenido al fijarse en el “terrorismo islámico”, “cubano”, etc. En estas películas, en la propaganda periodística, en cierta literatura y culturilla de masas alienadas, siempre aparece un héroe norteamericano que actuando individualmente salva a su comunidad de los peligros externos, pero siempre contando con el apoyo último y decisivo, si fuera menester, de los múltiples aparatos paramilitares y de los servicios secretos de Estados Unidos o en caso extremo de sus fuerzas armadas. El narcoimperialismo genera así una ideología militarista y neofascista, eurocéntrica y machista doble: por un lado, el culto sexista y sadomasoquista a la violencia terrorista y, por otro lado, el culto al individualismo burgués.

Pero en su núcleo duro esencial, la ideología de esta corriente es una reactualización al capitalismo de finales del siglo XIX, con sus grandes problemas de realización del beneficio, de la ideología utilitarista e individualista de finales del siglo XIX. La línea interna que conecta a ambos extremos no es otra que la tesis del “ciudadano libre y consciente”, un individuo con capacidad de discernimiento suficientemente formado como para saber qué consume y cómo lo paga. Tal ideología sostiene que el mercado funciona mejor cuanto más libre y exento está de los intervencionismos de todo tipo, en especial de los que benefician de algún modo a las clases trabajadoras. El único intervencionismo que admite esta ideología es el relacionado con la triple tarea de mantener el orden social, asegurar los beneficios capitalistas y transferir a los negocios privados todos los capitales “desperdiciados” en gastos sociales. Desde esta perspectiva, es el “ciudadano libre” el que mejor conoce sus necesidades y sus gustos, el que opta por tal o cual consumo, aunque sea el de las drogas. El ejército es el garante último de que todo esto se cumpla y el Acta de 1986 es su oficialización.

Aquí aparece la doble moral de la burguesía éticamente utilitarista porque si bien dice defender la salud y las buenas costumbres, en la práctica es con el neoliberalismo cuando se ha disparado el negocio del narcotráfico, que va desde la producción controlada por las organizaciones internacionales al consumo pasando por el transporte, distribución y consumo. El neoliberalismo asume que el narcotráfico y toda la “economía criminal” es una rama productiva más, sin percatarse o despreocupándose de que es una “producción destructiva” que analizaremos en su momento, altamente rentable e incluso necesaria para el mantenimiento del orden imperialista por sus internas conexiones con toda serie de violencias represivas. En concepto de “producción destructiva” es de especial valía para entender qué es y cómo funciona el capitalismo en su fase actual y sobre todo para entender qué es el narcoimperialismo, dos conceptos a los que volveremos al final de este texto y que veremos funcionar, entre otras cosas, en el ejemplo del tabaquismo, inseparable tanto del de las drogas pero también del de la industria capitalista de la salud.

La otra fase en esta nueva táctica es la que se está produciendo actualmente y que consiste en la privatización burguesa de los determinados ejércitos mercenarios, que intervienen en las guerras imperialistas con alta autonomía en la práctica, centralizando sus operaciones estratégicas sólo en niveles muy secretos de la administración imperialista. Por ejemplo, dentro del panorama legal, tenemos que algo más del 10% del total de las tropas ocupantes en Iraq son privadas y que buena parte de éstas pertenecen a la empresa británica Erinys que cuenta con 14.000 “empleados” a las órdenes de sus propios mandos, salidos de las fuerzas militares y servicios secretos británicos, que trabajan no sólo para el ejército ocupante sino también para las transnacionales yanquis y británicas que están expoliando a Iraq.

Pero la actual privatización empresarial de la guerra -práctica que viene de los albores del capitalismo— es una tendencia más profunda de lo que se cree a simple vista si se desconoce que ya a comienzos de agosto de 2004 se creó en Estados Unidos la “Oficina de Coordinación para la Reconstrucción y Estabilización” formada por las más importantes empresas yanquis aliadas a la extrema derecha y al neofascismo de la “dinastía Bush”. Esta Oficina está destinada a planificar cómo actuarán conjuntamente los intereses “privados” y “públicos” en las invasiones, destrucciones y saqueos masivos de otros pueblos, para garantizar la “seguridad”, o sea la riqueza, de Estados Unidos. No hace falta decir que Cuba es un objetivo prioritario.

Llegados a estos niveles en los que interactúan fuerzas armadas e intereses político-económicos de empresas capitalistas y de Estados burgueses, dentro de la unidad imperialista dictada por Estados Unidos, no debe sorprender que el control de todo el proceso de mercantilización de las drogas sea un negocio muy apetecible para estas empresas, desarrollando las lecciones aprendidas en el Sureste Asiático durante la guerra de Vietnam a la que nos hemos referido. Desde esta perspectiva no debe sorprendernos la denuncia de la ONU de que en Afganistán se ha multiplicado la producción de opio y que una de las zonas de salida al mercado asiático y europeo de sus derivados es precisamente Iraq, es decir, el comienzo y el final de la cadena del narcotráfico del opio están en lugares en donde domina el imperialismo estadounidense y actúan estas nuevas empresas de la guerra, casi todas ellas norteamericanas.

5.4.

La tercera tendencia consiste en reducir a menos de lo testimonial las de por sí inofensivas atribuciones de la ONU y de sus organizaciones sociales y humanitarias. El imperialismo está logrando con ello su absoluta impunidad operativa, como se demuestra en sus crímenes generalizados en medio mundo y muy concreto en Guantánamo, esa porción de patria cubana arrancada a la fuerza. Pero con ello a la vez está ampliando los espacios de piratería de las mafias de todo tipo y sobre todo de las que rinden servicios a Estados Unidos. Muchas grandes corporaciones actúan ya con total impunidad en lo relativo a sus intervenciones violentas y represivas, como el caso de Coca-Cola denunciado en Colombia, y otras más, como los ejércitos privados de los grandes terratenientes brasileños o de los grupos de las drogas en Asia, lo de los paramilitares en defensa de las transnacionales occidentales en África. Las burguesías de estos países no se atreven a pararles los pies y tampoco puede ni quiere hacerlo la ONU, cuya función histórica está agotada porque su origen respondió a los planes estratégicos

de Estados Unidos elaborados en 1944-1945 para los años posteriores, con la pleitesía de casi todos los Estados, incluida la URSS.

Naturalmente, con semejante impunidad las organizaciones mafiosas relacionadas con las grandes corporaciones, con los ejércitos imperialistas y con los ejércitos privados, van expandiendo sus poderes. Recordemos que en 1946, Estados Unidos organizaron en Panamá la tétrica “Escuela de las Américas” destinada a formar a los peores criminales y genocidas fieles al imperialismo yanqui para exterminar las luchas revolucionarias; que en 1984 trasladó ese centro a Estados Unidos. Pues bien, este centro siempre ha estado relacionado con lo peor de las tramas sucias del imperialismo y a finales de los años noventa, una unidad mejicana especialmente formada en la “Escuela” para realizar los “trabajos inconfesables” del Estado mexicano, el grupo Zeta, se pasó casi en su totalidad a trabajar a las órdenes de los narcotraficantes mejicanos, que les pagan veinte veces más que el ejército. En 1999, fue detenido un coronel yanqui agregado de la Embajada de Estados Unidos en Bogotá por usar la valija diplomática para el narcotráfico, y con él fueron detenidos su esposa y su chofer. Recibieron una condena sorprendentemente benévola. Muy recientemente se han librado en México fuertes choques entre diversas policías corruptas por el control del narcotráfico.

Es así como se explica que, según datos conocidos en el año 2000, en la década de 1980 América Latina producía 400 toneladas de cocaína, en la década de los noventa la cifra se disparase hasta las 1.000 toneladas mientras que Birmania pasa en el mismo período de 800 a 2.400 toneladas. Los años posteriores se multiplicará la producción en las zonas ya establecidas, pero sobre todo porque se añaden otras nuevas en lugares pertenecientes a las antiguas repúblicas asiáticas que estaban dentro de la desaparecida URSS, el aumento de la producción en Afganistán, etc. Volviendo a América Latina, éstas y otras razones están detrás del insoportable empobrecimiento que padece y del hecho de que, según un informe del Banco Mundial de mayo de 2004, el 10% de su población más enriquecida posea entre el 40% y 47% del ingreso total de la mayor parte de sus países, mientras que el 20% de su población más empobrecida posea sólo entre el 2% y el 4%; otros datos indican que en este continente malviven en la pobreza, como mínimo, el 44% de su población.

Pero los efectos empobrecedores son aún peores a medio y largo plazo, sobre todo si, como en Colombia, se avanza en la interacción sistémica de la corrupción, el clientelismo y las mafias, resultado un poder perverso imparable que descompone todo lo que toca y que, además de multiplicar el empobrecimiento de más de la mitad de la población, también orienta el ya casi extinto desarrollo económico endógeno y autocentrado a una indefensa y dependiente economía de servicios turísticos de alta calidad, saqueo ecológico, desregulación y supeditación a Estados Unidos. La destrucción de la independencia económica colombiana va acompañada del aumento de la dependencia de la producción de drogas. Cuando se inició el Plan Colombia, ideado e impuesto por Estados Unidos, en Colombia existían oficialmente siete grandes áreas geográficas de cultivo de drogas, pero en 2005 son ya 23 las áreas oficialmente admitidas. El Plan Colombia exige el establecimiento de bases yanquis, y muy recientemente se han encontrado 13 toneladas y media de cocaína muy cerca de una de esas bases. En estas condiciones, la ayuda militar de Estados Unidos a la burguesía colombiana en 2005 asciende a 700 millones de dólares.

Además, se sabe que la Fiscalía de Estados Unidos interviene por su cuenta en Colombia sin pedir permiso al poder judicial colombiano para negociar en privado con los fejes de

las mafias, de los carteles, a fin de que compren su impunidad legal en Estados Unidos a cambio de que inviertan sus cuantiosas fortunas en este país. Según determinadas informaciones, son muchos los jefes mafiosos que tras pagar entre 10 y 20 millones de dólares, reciben visas de residentes en Estados Unidos para poder vivir allí, haciendo negocios con sus narcodólares que, obviamente, se invierten en Estados Unidos y no en Colombia. Estamos ante un saqueo total de los recursos colombianos porque Estados Unidos presiona para que incluso los jefes de los carteles de las drogas inviertan sus narcodólares en Norteamérica en vez de en Colombia.

5.5.

La cuarta tendencia consiste en tolerar públicamente el aumento de los paraísos fiscales explícitamente reconocidos o que funcionan en la práctica subterránea con firmas de empresas y negocios de toda índole. Los paraísos financieros, de los que ya hemos hablado antes, son una necesidad que nace de las exigencias de los capitales que por razones obvias no quieren moverse bajo la luz de los controles estatales. Sean capitales financieros que no quieren invertir en otras ramas económicas porque rinden pocos beneficios o capitales que quieren “dormir” durante un tiempo o “dinero negro” que quiere lavarse, y así una larga lista. Ahora bien, los paraísos fiscales sacan a la luz la irracionalidad esencial del capitalismo por dos razones: una porque la clase burguesa ni puede ni quiere llegar a un acuerdo base que defina qué es un paraíso fiscal. A finales de 2001 funcionaban dos listas sobre qué países eran o no eran paraísos fiscales, la del GAFI y la de la OCDE. Desde entonces, y pese a los esfuerzos realizados, no se ha avanzado mucho en la unificación de criterios porque, y esta es la otra razón, a las burguesías concretas tampoco les interesa hacerlo ya que les beneficia la ambigüedad y la imprecisión.

En el informe de la OCDE de 2000 se reconocían 35 paraísos fiscales, algunos de ellos muy relacionados con Estados y tan industrializados como Gran Bretaña, Estados Unidos, Países Bajos, Nueva Zelanda... Fijémonos que los Países Bajos fueron la “segunda cuna” del capitalismo comercial tras las ciudades-Estado del norte de Italia, que le siguió Gran Bretaña y que Nueva Zelanda ha sido y es un instrumento financiero del capitalismo británico, ¿y qué decir de Estados Unidos? Que son las fracciones burguesas más poderosas las que más ventajas obtienen con los paraísos financieros, en detrimentos de las menos fuertes y sobre todo de los Estados intermedios. En la declaración del G-20 de finales de 2002, que reúne a los 20 Estados más desarrollados, se declaraba que se iba a perseguir la corrupción, el fraude fiscal y el lavado de dinero, apuntando directamente a los paraísos fiscales. El informe de 2004 realizado por “Transparency International” asegura que además de haber aumentado la corrupción mundial con respecto a 2003, de los 41 paraísos fiscales estudiados 18 de entre ellos están asociados con la Unión Europea, que no toma ninguna medida para combatirlos.

La hipocresía cínica de la doblez moral burguesa en estas cuestiones ha salido una vez más a la luz con los problemas de transición de poder en el pequeño paraíso fiscal del Principado de Mónaco a comienzos de 2005. Con justo 32.000 habitantes este minúsculo trocito de tierra de altas finanzas mundiales dispone, además de otros muchos medios de lavado de dinero, también de 340.000 cuentas corrientes. En 2003 sus servicios de inspección legal detectaron de entre esta masa de cuentas corrientes -con sus movimientos cruzados, etc.— sólo 254 transacciones “sospechosas”, de las cuales veinte

fueron trasladadas a las autoridades fiscales y éstas abrieron investigaciones únicamente a seis de ellas. Pero en realidad el Principado de Monaco apenas es nada comparado con otros “paraísos fiscales” legalizados como son los grandes bancos que operan internacionalmente y que llegan a tener masas de capital superiores a las de muchos Estados medios. Bancos como Bank of America, J.P. Morgan, Chase Manhattan Bank, Citibank, etc., son auténticas lavadoras legales de masas ingentes de capitales obtenidos con la “economía criminal”. Por ejemplo, a comienzos del siglo XXI Citibank operaba en cien Estados con 180.000 empleados, controlaba 700.000 millones de dólares en cuentas públicas y otros 100.000 millones en cuentas privadas.

Hay que recordar ahora que la razón fundamental por la que la Unión Europea maneja billetes de papel de 500 euros no es otra que la de facilitar en transporte en pequeñas maletas portátiles de mucho valor monetario, el llamado “dinero a peso”, que permite no recurrir al casi siempre rastreado si hay interés en hacerlo “dinero electrónico” y al “dinero virtual”; otra de las razones es facilitar el funcionamiento de la importante “economía sumergida” o los negocios de sectores profesionales que no declaran ganancias, etc., “economía sumergida” que en algunos países de la Unión Europea se estima ronda entre el 20% y el 25% del PIB. A escala mundial, con este billete de 500 euros la Unión Europea pretende desbancar a Estados Unidos del primer lugar en lo relacionado con el tema que tratamos, pero hay rumores de que los yanquis ya están pensando en sacar otro billete de valor similar.

5.6.

La quinta tendencia consiste en no reprimir hasta el final la explosión de corrupciones que afectan a la vida socioeconómica y política del capitalismo a escala mundial. La corrupción, como hemos advertido en la introducción, es una constante que aparece cuando se acumula determinada cantidad de riqueza y dinero en manos de una minoría independientemente del modo de producción del que se trate. Pero con el capitalismo, la corrupción ha desbordado todo lo imaginable hasta ahora, y sobre todo tras el lanzamiento del neoliberalismo. A comienzos de 2001 se supo que el senado norteamericano llevaba un año investigando a entidades del peso mundial de Bank of America, Citibank y Chase Manhattan Bank por sus posibles relaciones con el lavado de dinero y el narcotráfico. Las certidumbres sobre la corrupción estructural eran tales que en primavera de ese mismo año una flamante declaración mundial contra la corrupción que no ha servido de nada, porque las dudas sobre el funcionamiento de la Bolsa de Nueva York en primavera de 2003 propiciaron descensos en todas las Bolsas del mundo.

Bien es cierto que dentro de muchas grandes corporaciones, transnacionales y multinacionales, grandes bancos, etc., se inició desde comienzos de 2002 cierto esfuerzo por depurar a los corruptos incluso volviendo a contratar a tecnócratas y altos ejecutivos ya retirados, jubilados; se trataba de una necesidad inserta en las contradicciones del capitalismo, que le obligan a mantener unos mínimos suficientes de transparencia para poder evaluar su situación real. Aún así, la tendencia histórica camina hacia el oscurantismo corrupto, en especial en lo que tiene alguna relación con el sector servicios, con las finanzas y la banca, con el crédito, etc. Es por tanto comprensible el que a finales de 2003 en Estados Unidos las prácticas fraudulentas contaminasen todo el sector financiero, desde las compañías que operan en Bolsa hasta los mercados de divisas, pasando por los bancos de negocios, bancos industriales, fondos de inversiones y, sobre

todo, empresas auditoras y consultoras. Transparency International afirma que en 2004 el monto económico que mueve la corrupción planetaria afectaba a una cantidad estimada entre el 2% y el 7% del PIB mundial.

Hemos llegado aquí a una situación alarmante para otras fracciones de la burguesía, para las que aún no se han extendido los fáciles beneficios de la corrupción. Desde la financierización del capitalismo se asiste a otro comercio ilegal que se estima rinde ya los mismo beneficios que el narcotráfico, el de la falsificación de documentos oficiales necesarios para asegurar la impunidad de la “economía criminal”. Como hemos dicho en la introducción, las falsificaciones son inherentes al mercado desde que éste adquiere cierta importancia, pero en el capitalismo contemporáneo la producción de documentos falsos es una necesidad exigida por y para la corrupción rampante. Grandes y famosas auditoras y consultings han sido acusadas de falsificación, recordemos el caso de la compañía Arthur Andersen, una de las prestigiosas, serias y respetadas del mundo. Sin ir muy lejos, y como ejemplo tanto de la naturaleza internacional del problema que tratamos, en el Estado español se desencadenó la operación “Ballena Blanca” contra una extensa mafia de negocios ilegales, pues de los 41 detenidos en los primeros días había tres notarios y siete abogados.

Cuando los notarios, que se supone son los garantes de la honradez del sistema, se convierten en los ocultadores de sus miserias, es que la podredumbre avanza imparablemente. Pero el problema es estructural, es decir, tiene causas internas al funcionamiento del sistema porque desde la emigración de fuerza de trabajo adulta e infantil y la esclavitud sexual, hasta los documentos “legales” de cualquier transacción multimillonaria, pasando por los certificados “oficiales” que permiten la circulación de ingentes cantidades de armas, drogas, materiales raros, recursos estratégicos, flotas enteras de mercantes y petroleros de bandera de conveniencia paradas en alta mar a la espera de los mínimos cambios en los precios mundiales, biotecnología, órganos humanos, etc., sin olvidar los que se “fabrican” para ganar y amañar juicios, toda esta producción genera beneficios estimados similares a los del narcotráfico. Por ejemplo, un pasaporte bien falsificado cuesta 6.000 euros.

5.7.

La sexta y última tendencia, que es una especie de síntesis definitiva de las anteriores, consiste en la creciente importancia del lavado de dinero en los beneficios capitalistas y en su orden imperialista mundial. Pondremos un ejemplo ilustrativo. Tras un minucioso estudio en el que intervinieron diversos equipos, el senador demócrata estadounidense Carl Lewin sostuvo en 2001 que entre 500.000 y un billón de dólares sucios eran anualmente lavados, transferidos internacionalmente y depositados en cuentas bancarias del capitalismo más desarrollado. Otros investigadores sostienen que en la década de 1991-2000 entre 2,5 y 5 billones de dólares procedentes de la “economía criminal” habían sido blanqueados en Estados Unidos y se reinvirtieron en los circuitos financieros, sin tener en cuenta transferencias ilegales, dineros de la corrupción y evasión fiscal. En 2003, la ONU aseguró que cada año se blanqueaban alrededor de 750.000 millones de dólares provenientes de la denominada “economía criminal” que integra la totalidad de negocios ilegales y legales, sumergidos e invisibles, no sólo el tráfico de armas, de drogas y de prostitutas —Habría que añadir el cada vez más presente tráfico de fuerza de trabajo y de órganos humanos-, así como fuga de capitales y

evasión de impuestos. Además, los costos de este trasiego rinden alrededor de 150.000 millones de dólares a bancos, intermediarios financieros, sociedades pantalla, directivos de trusts y sociedades fiduciarias en los paraísos fiscales de los que ya hemos hablado. Naturalmente, el mayor beneficiado de todo esto es Estados Unidos que en 2002 blanqueó el 80% del dinero proveniente de los beneficios del tráfico de drogas.

Lógicamente, van en aumento las pugnas interburguesas por el acceso a esas cantidades como se comprueba en los debates en la Unión Europea como en las tensiones con Estados Unidos y Japón por su control a escala mundial, pero también por situarse en buenas posiciones en los negocios con las mafias del este europeo, especialmente las rusas que se han extendido ampliamente por la Unión Europea y en especial por el Estado español como lo confirman todos los informes policiales, fiscales y de la Europol de 2003 y 2004, y con las que empezarán a surgir muy probablemente en China. Pero lo decisivo en este tema es el conjunto de “trampas” que facilitan el blanqueo: sociedades instrumentales y de pantalla, que utilizando la “ingeniería financiera” transfieren grandes cantidades de capital de un lugar a otro; empresas de servicios inexistentes o “vacíos” que facturan cantidades por las que cobran comisiones blanqueadas; precios abusivos pactados con empresas controladas que sirven para desviar dinero a otras cuentas; choques entre socios enfrentados para robarse mutuamente las sobreganancias injustificables haciendo transacciones entre empresas del mismo grupo, etc. Para que estas “trampas” funcionen es necesaria la colaboración de abogados, notarios, bancos, empresas financieras y políticos y burócratas estatales.

El blanqueo de dinero es la última fase del circuito completo de la “economía criminal” que estamos analizando en estas seis tendencias desarrolladas por la financierización capitalista. Pero conviene insistir en que nada de esto podría realizarse sin unas muy complejas y bien informadas redes mafiosas internacionales estrechamente relacionadas con los Estados, con la gran banca, grandes corporaciones, etc. Veamos a modo de ejemplo el proceso completo de una parte de la “economía criminal”, la del narcotráfico. En cada una de sus cinco fases intervienen importantes organizaciones mafiosas.

La primera fase es la de la producción en el campo, que requiere además de los campesinos dominados por grupos armados reaccionarios, paramilitares y mafiosos, también de una efectiva red de suministro de los abundantes precursores químicos necesarios para su transformación, lo que exige una infraestructura en las ciudades con relaciones con los aparatos de Estado, etc. Basta haber visitado siquiera un solo día las pobres infraestructuras de transporte y comunicación en la inmensa mayoría de estas muy amplias zonas geográficas, con sus enormes dificultades orográficas, para comprender la importancia de las redes de suministro de los precursores químicos y de la totalidad de cosas necesarias para la producción de drogas.

La segunda fase, una vez tratada la droga bruta, es la del transporte al por mayor a los mercados, lo que también exige conexiones internas con las policías y aduanas. Sin la directa implicación de amplios sectores policiales esto es imposible, pero sobre todo es irrealizable sin la corrupción política que está fuera y dentro de las policías. El transporte de la droga desde su lugar de origen hasta el lugar de almacenamiento anterior a su transporte al exterior exige cruzar diversos territorios materiales, judiciales y políticos bajo diferentes administraciones, y si bien las policías actúan en todos ellos, también en todos ellos existen instancias judiciales y políticas que deciden sobre trámites que pueden frenar el narcotráfico si no son convenientemente “negociados”.

La tercera fase es la del reparto al por menor, a los “camellos” individuales, que en su inmensa mayoría operan en el capitalismo desarrollado, lo que exige a las mafias disponer de canales de reparto muy finos y diversificados. En esta fase las dificultades a vencer son diferentes porque controlar a los pequeños traficantes sí exige, por un lado, un control inmediato sobre ellos pero, por otro lado, una especial vigilancia de las policías. La cuarta fase es la venta individual anterior al consumo y todo el sistema de vuelta de las ganancias obtenidas, lo que exige un severo control de toda la cadena del narcotráfico para que no haya “pérdidas” de dinero en la vuelta, y, por último, la quinta fase es la del blanqueo del dinero en los entramados ya analizados.

Según se aprecia, dos son las características de este comercio: una, su identidad de fondo con el resto de comercios legales que se realizan a diario en el capitalismo y, dos, la necesidad de que siempre intervengan las mafias en cada fase y sobre todo en el tránsito entre fases y, junto a esto, la necesidad de que las mafias mantengan estrechos contactos con fracciones burguesas, con aparatos del Estado y hasta con sectores de la judicatura. La experiencia histórica refuerza ambas características inherentes a la lógica capitalista consistente en abaratar costos para aumentar la oferta incluso disminuyendo los precios, lo que no supone ningún riesgo porque aumenta aún más la demanda.

Datos de comienzos de 2005 muestran cómo los precios de la cocaína han ido a la baja desde comienzos de los años ochenta, lo que no ha supuesto en modo alguno una merma del beneficio sino su incremento. Si en 1981 el precio al por mayor de 50 gramos de cocaína era de 180 dólares estadounidenses, a finales de 2004 había caído hasta los 40 dólares. Esta típica evolución de un producto puesto en el mercado mundial sólo es comprensible desde la lógica capitalista de racionalización de costos de producción y de circulación, de aumento de la producción y de eficacia en el seguimiento de todo el proceso productivo. Las mafias no lo hubieran podido lograr por sí mismas si no dispusieran de abundantes ayudas. Si ahora ascendemos del narcotráfico al conjunto de la “economía criminal” apreciamos muy fácilmente las fusiones prácticas entre burguesías mafiosas y burguesías todavía legales. No puede ser de otro modo.

5.8.

Ahora bien, las seis tendencias aquí descritas tan apresuradamente sólo forman una especie de capa exterior, de superestructura conectada dialécticamente con una capa inferior más importante, con una infraestructura que define las características del capitalismo en su actual período histórico. Ciñéndonos al problema de las drogas, el cambio verdaderamente decisivo producido a finales del siglo XX ha sido el de la vuelta al trabajo precario, a la inseguridad vivencial cotidiana, a la incertidumbre por el futuro, a la angustia por el endeudamiento creciente de la economía familiar recargada de deudas e hipotecas que debe satisfacer en un plazo fijo, a las tensiones extremas generadas por el endurecimiento de la explotación laboral, a los cambios de toda índole acaecidos por el abrupto final de una fase histórica de acumulación -la taylor-fordista y keynesiana con el obrero-masa, la producción en cadena y el consumo erótico de masas, etc.— que se agotó como resultado de la interacción de tres factores insertos en su totalidad concreta: la tendencia a la caída de la tasa media de beneficios, la lucha de clases de las masas trabajadoras y la respuesta burguesa neoliberal.

Muy en síntesis, en el problema de las drogas, de todas las drogas porque también hay que considerar aquí la industria de la salud en su vertiente de los fármacos psicoactivos, tranquilizantes y dopantes, euforizante y excitantes que se recetan a decenas de millares en las consultas de la sanidad social capitalista o se venden a toneladas en las farmacias pese a los intentos de restricción legal, por no hablar de alcohol, etc., este terrible problema se ha multiplicado exponencialmente debido sobre todo a la contraofensiva estratégica capitalista.

Si bien estas seis dinámicas son imprescindibles para un buen funcionamiento del circuito productivo completo del narcocapitalismo y en general de todo el componente “criminal” del capitalismo, es necesario, sin embargo, que exista previamente una demanda, y que ésta demanda aumente mediante un márketing especial típico de toda la problemática de las drogas. La demanda de las drogas depende, en general, de las formas que tiene cada sociedad, y dentro de ésta cada clase social, para resolver las contradicciones inherentes a la dialéctica entre la libertad y la necesidad tal cual se expresa en ese modo de producción y, dentro de éste, en esa sociedad concreta.

Partiendo de esta base teórica, no es lo mismo el empleo de drogas en las sociedades libres de los flagelos de la propiedad privada que en las sociedades capitalistas; y dentro de ésta, no es lo mismo la drogodependencia de la burguesía culta europea del siglo XIX, por ejemplo, que la drogodependencia por opio de los chinos bajo las presiones económicas y amenazas militares del imperialismo británico a mitades de ese siglo, o de las masas trabajadoras vascas bajo las extremas condiciones de derrota militar, opresión nacional y sobreexplotación económica desde finales del siglo XIX.

Desde la teoría del materialismo histórico, podríamos decir que a los modos de producción que no han desarrollado la dictadura del salario, de la mercancía y del fetichismo, les corresponde una forma de relacionarse con las drogas que entra dentro del universo del uso, del valor de uso, o sea, que es la especie humana la usa a las drogas y no a la inversa. Mientras que en el capitalismo, las drogas se han convertido en fuerzas ciegas destructivas que dominan y usan al ser humano, sacrificándolo en el altar de la acumulación de propiedad privada en manos de una minoría, la clase dominante. Este salto cualitativo en la capacidad destructiva se confirma en todas las áreas de la vida social, pero especialmente en el problema de las drogas que están avanzando amargamente de las condiciones de producción y consumo típicas del narcocapitalismo anterior a la ferocidad imperialista, a las condiciones brutales del narcoimperialismo en la fase actual.

6. CAPITALISMO DESTRUCTIVO, SALUD Y DROGAS

6.1.

Una de las características de la fase actual del capitalismo, la denominada neoliberal pero que realmente es la forma más plena y brutal del imperialismo, es que el circuito completo de la mercantilización de las drogas ha entrado de pleno en el denominado correctamente tercer sector del capitalismo, el de las fuerzas destructivas. Ya hemos dicho anteriormente algo sobre esto cuando hemos hablado de la “producción

destruktiva”, pero ahora debemos desarrollarlo porque su comprensión correcta es imprescindible para saber cual es la función de las drogas en el capitalismo contemporáneo. Recordemos que los otros dos sectores son, por este orden, el de producción de bienes de producción y el de producción de bienes de consumo. Los bienes de destrucción son aquéllos que generan beneficios en muy corto tiempo pero que a medio y largo plazo no reproducen ni menos aún amplían las fuerzas productivas, gastando capitales en inversiones improductivas porque no generan valor. Los gastos militares son el ejemplo por excelencia del sector improductivo, pero ahora hay que añadirles las drogas, todas, incluso las legales que se emplean en la recomposición de la fuerza de trabajo.

Puede parecer un error exagerado decir que todas las drogas entran en el sector o esfera de la producción de medios de destrucción, en la “producción destructiva”, pero analicemos el problema con un poco de detalle porque son importantes las vías opuestas que se abren si optamos por una solución u otra. Hay que partir del hecho de que nos movemos dentro del modo de producción capitalista, sometidos a su dictadura salarial, a la mercantilización de todas las cosas, al fetichismo de las mercancías. Aquí viene muy bien el ejemplo de la industria tabaquera a nivel mundial, industria de producción de una droga asesina e inmisericorde, pero legal. Para entender toda la tragedia que se esconde en este ejemplo hay que recurrir a la dialéctica entre la racionalidad parcial de la empresa capitalista aisladamente considerada y la irracionalidad global del capitalismo en su conjunto, como totalidad, como sistema que resulta ser cualitativamente diferente a la simple suma de sus partes aisladas.

Desde hace muchos años se conoce la letalidad del tabaco, su mortal efecto, pero en 1993 la multinacional Philip Morris gastó 2.000.000 de dólares estadounidenses en elaborar un informe “científico” que desprestigiara las conclusiones de otras investigaciones independientes que demostraban la nocividad del tabaquismo. Desde entonces estas empresas gastan crecientes sumas en lavar su imagen, pero sobre todo en mejorar su marketing y en abrir nuevos mercados, buscando víctimas jóvenes en países empobrecidos e indefensos. Sin embargo, pese a la objetividad científica resultante de absolutamente todas las pruebas sobre el tabaco, pese a esto, las burguesías no se atreven por ahora a abandonar ese negocio tan rentable. Ahora bien, ¿rentable para qué fracción del capital? Estimaciones de 2005 muestran que la industria tabaquera ingresa 2,7 millones de dólares de ganancia por cada 1.000 toneladas de tabaco. Se trata de un negocio redondo para esta industria, aun teniendo en cuenta sus pérdidas por demandas judiciales, sus gastos crecientes en imagen y marketing, etc.

Sin embargo, los costos sanitarios de las enfermedades directa e indirectamente causadas por el consumo de esas 1.000 toneladas de tabaco -incluidos los fumadores pasivos— ascienden a 30.000 millones de dólares. Por ejemplo, en el Estado español mueren 50.000 personas por causa del tabaco. Dejando de lado el inconmensurable dolor humano por las enfermedades y muertes de familiares y personas amigas, aparece un doble problema: por un lado, la burguesía en su conjunto no está dispuesta a obligar a una de sus hermanas de clase que abandone un negocio tan rentable, aunque cause pérdidas de cómo mínimo 27.300 millones de dólares por cada 1.000 toneladas de tabaco, y digo como mínimo porque aparte de otras enfermedades que se irán descubriendo y que aumentarán esos costos, también hay que tener en cuenta el despilfarro que supone dedicar grandes cantidades de tierras, agua, fertilizantes, fuerza de trabajo, instalaciones, transporte y venta, etc., a ese negocio destructivo, a esa

“producción destructiva”, que sin embargo podían ser empleadas a producir alimentos, que buena falta hacen.

Por otro lado, las burguesías que no se enriquecen con la muerte por tabaquismo tampoco están dispuestas a perder demasiado en la tasa media de beneficios -la que mide la salud media del capital en su conjunto— y obliga al Estado a que cargue esos costos inhumanos a los gastos sociales, a la sanidad pública, a los impuestos indirectos, a las tasas de todas clases, etc. Hemos topado así con la permanente presencia del Estado. Por ejemplo, en 2003 el Estado británico engordaba sus cuentas con 8.055 millones de libras esterlinas, que es mucho dinero, gracias a los impuestos sobre el consumo de tabaco, pero los gastos de la lucha contra los efectos del tabaquismo ascendieron a 15.000 millones de libras esterlinas. Según el Banco Mundial, el gasto sanitario relacionado con el tabaquismo suponía en estas fechas entre el 6% y el 15% del gasto sanitario global de los países desarrollados. Por no extendernos, ese gasto suponía el 2,75% del PIB de los Países Bajos. Estas cifras explican por qué las burguesías no quieren, por ahora, asumir ellas solas tales gastos y los desplazan a los presupuestos estatales, que se obtienen en su inmensa mayoría de los impuestos directos e indirectos que pagan las clases trabajadoras y las naciones oprimidas por esos Estados, bien directamente bien indirectamente gracias a la explotación imperialista.

La burguesía aplica esta doble vara de medir en todas las cuestiones, pero sobre todo en las relacionadas más abiertamente con la irracionalidad sistémica del capitalismo. Por ejemplo, con las centrales nucleares, otro caso de “producción destructiva”, nada rentable excepto para las empresas electroenergéticas, y que traslada a un futuro muy lejano -las decenas de miles de años de radioactividad del combustible nuclear— todos los problemas de la supervivencia humana. Existen otros muchos ejemplos de “producción destructiva” en los que no podemos extendernos ahora -los metales pesados depositados en el medioambiente, etc.— y que nos remiten a la dialéctica entre la racionalidad parcial y la global irracionalidad del sistema capitalista. Dado que el capitalismo se rige entre otras cosas por la ley del valor-trabajo mundializada, por ello mismo, son las masas trabajadoras del planeta las que pagan los gastos de la sanidad burguesa en este caso -y en todos los restantes-, permitiendo que las burguesías no tabaqueras apenas pierdan por los efectos letales del tabaquismo.

Otro tanto debemos decir, aunque a menor escala, sobre las diferencias entre los gastos sanitarios del alcoholismo -y sus efectos cotidianos en el aumento de la agresividad y violencia machista contra las mujeres, los denominados “accidentes” de trabajo, etc.-, y las ganancias de la fracción de la burguesía que controla el circuito completo de producción de esa droga. Pero interesa detenernos en una pandemia moderna, la obesidad, que tiene estrechas relaciones con los problemas psicológicos en aumento. La lucha contra la obesidad es un enorme negocio de la industria médica porque la inmensa mayoría de los tratamientos se los debe pagar el cliente, y el 20% de la población de los países desarrollados ha hecho al menos un tratamiento contra la obesidad. En el Estado español, el 80% de los obesos que quieren recibir algún tratamiento han de pagar una media de 60 euros al mes. Estudios internacionales estiman que un tratamiento que logra como mucho una reducción estable de entre el 5% y el 10% del peso viene a costar, con todas las diferencias lógicas, la friolera de 1.000 euros que ha de pagar el cliente, porque son muy pocos los casos admitidos por la seguridad social pública. La obesidad refleja una de las más crueles irracionalidades del capitalismo, pero también la fría lógica empresarial de la industria médica.

Pero donde es en Estados Unidos donde la obesidad constituye un serio problema, porque lleva camino de afectar al 50% de la población dentro de pocos años. Sin embargo, la irracionalidad destructiva del capitalismo yanqui llega a tanto que de los 160 mil millones de kilogramos de comestibles que se producen anualmente en Estados Unidos, se desperdician 45 mil millones, incluyendo vegetales y frutos frescos, leche y productos elaborados con granos. Mientras que de los 35 millones de pobres que existen en Estados Unidos, 30 millones sufren dificultades para obtener una alimentación suficiente. Tengamos en cuenta el calificativo de hambre, si bien tiene un mínimo biológico objetivo cuantificable en el número de calorías que se necesitan al día, además de esto, también es una definición sociohistórica porque no es lo mismo el “hambre” en Estados Unidos que el verdadero hambre en amplias zonas del planeta. No olvidando esta definición dialéctica, y ciñéndonos a Estados Unidos, podemos decir que uno de cada 25 kilogramos de comida desperdiciada sería suficiente para acabar con el “hambre” de esos 30 millones de norteamericanos. Quiere esto decir que el problema del hambre es siempre un problema político antes que socioeconómico, como lo es la problemática de las drogas.

6.2.

Las drogas, en cuanto subsistema específico integrado en el sistema superior de tratamiento y control de la fuerza de trabajo humana y de control y represión de sus prácticas conscientes de emancipación crítica, son parte del sector de producción de bienes de destrucción, aunque existan algunas drogas que en algunas coyunturas muy específicas puedan ayudar a paliar ciertas dolencias humanas, por ejemplo, tenemos el debate sobre si es conveniente mezclar heroína con metadona en los tratamientos de desintoxicación. Debemos insistir otra vez en que el uso racional de un producto no puede evitar la irracionalidad estructural del sistema completo de la producción destructiva de las drogas, porque esta segunda parte es la que determina internamente la característica esencial de la “salud”, del “orden sanitario” -que es psicosomático en su totalidad aunque analíticamente pueda separarse en determinados casos— en el modo de producción capitalista.

El uso racional de algunas drogas no puede determinar el contenido irracional del sistema en sí, porque basta con sinterizar determinados componentes químicos de esas drogas y de muchos medicamentos vulgares y comunes para obtener “drogas cotidianas” de uso por grupos enteros o por individuos aislados. En la medida en que se van conociendo las técnicas de obtención de psicoactivos a partir de muchos medicamentos, jarabes, pastillas, etc., aumenta la facilidad de obtener productos destructivos a partir de productos sanadores.

La lógica formal no vale para comprender estos saltos en la realidad y en el conocimiento, porque no llega a imaginar cómo es posible obtener productos destructivos a partir de productos sanadores, cosa que se sabe con un simple conocimiento químico, pero la ciencia es esencialmente dialéctica. La necesidad de recurrir a la dialéctica aumenta cuando debemos avanzar de las situaciones aisladas a las situaciones generales, a las que son afectadas por la producción masiva de la industria de la salud. Bajo esta realidad objetiva aplastante, lo que abstractamente se define como “salud” en todo el capitalismo, no es otra cosa que el mantenimiento precario de una fuerza de trabajo para ser explotada, y en el imperialismo la “salud” es un instrumento de dominación y explotación

mundial, como veremos. Cuando esa fuerza de trabajo queda agotada por la edad o porque no puede seguir el ritmo del avance tecnocientífico, etc., entonces simplemente es arrinconada en la soledad de la vejez con una pensiones y jubilaciones miserables en la inmensa mayoría de los casos, y muchas veces ni eso.

La salud, desde esta visión científico-crítica, es un instrumento productivo más. Lo que ocurre es que en la actual fase histórica del capitalismo, el desarrollo de las enormes potencialidades emancipadoras de fuerzas productivas en su generalidad, sobre todo si son depuradas, limpiadas y reorientadas por fuerzas revolucionarias, estas potencialidades están prohibidas y cortocircuitadas por la dictadura del capital, y nunca mejor empleada la expresión de “dictadura de clase” que en estas cuestiones decisivas para el bienestar humano. Al frenarse deliberadamente la potencialidad emancipadora de buena parte de las fuerzas productivas -no de todas— inmediatamente todo el conjunto de la producción tecnocientífica es afectada por dicho parón y por las líneas de desarrollo capitalista impuestas por la clase dominante. Las grandes industrias de la medicina y de la salud, que son las que mercantilizan el grueso de las drogas legales, no sólo aceptan esta lógica sino que refuerzan los controles y frenos puestos al libre y crítico desarrollo de unas fuerzas productivas emancipadoras.

Antes que nada, hay que decir que hablamos de una industria muy poderosa, de hecho, una de las industrias capitalistas que han logrado durante muchos años tasas de beneficio muy superiores a las tasas medias del resto de las industrias, aunque tampoco han logrado librarse de la lenta caída tendencial de sus ganancias. Según datos de verano de 2004, las diez mayores industrias farmacéuticas yanquis obtuvieron beneficios netos del 17%, frente al 3% del resto de las industrias de dicho país. Pero es que en la década de los noventa los beneficios oscilaron entre el 25% y el 19%. Otro informe de 2002 afirmaba que las diez industrias de la salud más grandes monopolizaban el 47% del mercado mundial, un mercado productor de “sobredosis de ganancias” (sic) que había crecido de los 70.000 millones de dólares en 1981 a 317.000 millones de dólares en 2000, incremento que se explica, entre otras razones, porque en Estados Unidos los precios de los medicamentos se habían duplicado en los años noventa. Pero lo más terrible de todo esto es que esas sobreganancias se han logrado tras abandonar prácticamente los mercados del llamado “tercer mundo”, de los países empobrecidos y sobreexplotados.

Durante el período de 1950-1970 y cada vez menos después, la industria de la salud se preocupaba un poco por la situación en las colonias y países dependientes bajo el dominio de sus respectivos Estados, básicamente Estados Unidos y Gran Bretaña, pero después los han abandonado porque no son rentables según los criterios capitalistas. ¿Cómo va a ser rentable producir en serie antibióticos contra la neumonía cuando un enfermo de estos países necesita el salario de un mes para pagárselo mientras otro enfermo que vive en un país de capitalismo desarrollado sólo necesita el salario correspondiente a dos o tres horas de trabajo, según un reciente informe de la OMS? Es por tanto comprensible que, según el mismo informe, más del 33% de la humanidad carezca de las medicinas básicas, y que esta situación vaya en aumento. Más aún, en primavera de 2004 se supo que en África subsahariana y Asia meridional sólo se gastaban 11 dólares por persona y año en salud, mientras que en el capitalismo desarrollado el gasto subía a 1.900 dólares por persona y año, habiendo casos especialmente escandalosos en los que se disparaba a 150 veces esta segunda cifra, son los gastos en la salud de las clases dominantes, de la burguesía. La UNICEF y la OMS, en 2005, han afirmado que la malaria produce un millón de muertos al año, pese al avance en soluciones de varios tipos, desde mosquiteros hasta medicamentos.

Son las necesidades de beneficio las que determinan el funcionamiento de estas industrias de la salud. Si los “consumidores de salud” no tienen dinero para comprar los productos que necesitan, pues dejan de fabricarse por que su producción no es rentable, peor aún, es una pérdida. Así se comprende que sólo 13 de los 1.233 medicamentos introducidos en el mercado en 1995-1997 combatieran las enfermedades tropicales. Más aún, en verano de 2003 se supo que sólo el 5% de las inversiones de las industrias sanitarias se dedicaban a combatir las enfermedades comunes en los países empobrecidos, que sin embargo suponían el 80% de la población mundial en esas fechas -y van en aumento— pero que sólo podían comprar el 21% de las medicinas existentes en el mercado.

Esta situación ha empeorado en los dos últimos años en enfermedades pandémicas como el sida, según ha denunciado la ONU en junio de 2005: ha fracasado el programa decidido en 2001 consistente en lograr para 2005 una reducción del 25% de las personas menores de 25 años infectadas con el VIH. Actualmente, la pandemia avanza más rápidamente que el número de curaciones porque, básicamente, los Estados, las instituciones y organismos de todo tipo -es decir, en última instancia, la burguesía mundial— no cumplen con el pago de las ayudas convenidas. A mediados de 2005 sólo reciben tratamiento 700.000 de los 6 millones de personas afectadas.

Pero la dictadura de beneficio también se aplica dentro mismo del capitalismo más desarrollado: por ejemplo, en Estados Unidos sólo reciben tratamientos el 56% de las personas infectadas por el VIH. Este porcentaje se explica por la inexistencia de una seguridad social plena y por el retroceso de las prestaciones de las mutuas y seguros médicos privados en Estados Unidos, siguiendo la estrategia de la “dinastía Bush”. Por ejemplo, en 2002 existían 43,5 millones de norteamericanos sin prestaciones sociales, pero en 2003 ascendieron a 45 millones, el 15,6% de la población. Ahora bien, pagar una cuota médica en Estados Unidos no garantiza una buena atención porque ésta depende de lo que se pague. Las prestaciones sanitarias dependen de la propiedad privada de la persona, de manera que si no se tiene dinero ahorrado, en la forma material que sea, no se accede al tratamiento.

Según la OMS, en 2004 Estados Unidos ocupaban el lugar 37 en la lista de salud pero el 54 en el de cuidados médicos, y la situación empeorará alarmantemente si se aplica el plan de la administración Bush que busca ahorrar alrededor de 200.000 millones de dólares para dedicarlos a armas, mediante la eliminación de 99 programas de salud, la reducción de 55 y la reestructuración de otros 15. Naturalmente, las grandes industrias de la salud no perderán un solo dólar porque se están reestructurando rápidamente, como veremos más adelante. Que en el capitalismo más desarrollado la industria de la salud se ha convertido en una poderosa fuerza de destrucción de la verdadera salud -considerada desde una perspectiva marxista— lo tenemos en el dato de que en Estados Unidos una parturienta tiene 70% más probabilidades de morir en el parto que una europea, o peor aún, que estadísticamente la infancia de Estados Unidos vive peor que la infancia cubana.

6.3.

La respuesta de la farmaindustria consiste en aumentar la explotación interna de sus trabajadores, lo que está aumentando el malestar sociolaboral interno y además en una

triple vía. Una de ellas es fusionarse con las empresas en biotecnología acelerando la ley de la concentración y centralización de capitales. Empresas como Eisai, Amgen, Aventis, Novartis, Bayer, Merck KGaA, Pfizer, Takeda y otras absorben la investigación biotecnológica que aún queda libre, sobre todo la de los pequeños y medianos Estados incapaces de mantener su propia investigación. Por ejemplo, en enero de 2004, el 80% de la facturación de las empresas en biotecnología del Estado español dependía ya de compañías extranjeras. Una vez más, en este crucial tema de la independencia científica en las más modernas investigaciones, hay que mencionar el caso cubano por su celosa vigilancia de la propiedad socialista de los avances científicos que realiza. Pero las relaciones con la biotecnología es sólo una parte de un proceso más general mediante el cual las industrias de la salud extienden sus tentáculos a otras empresas, sobre todo a las relacionadas con la química, fundamental por dos motivos, por la producción de fertilizantes y por la supuesta “revolución verde” a base de transgénicos, relacionadas directamente con el control alimentario, y el de la producción de plásticos.

Otra respuesta es aumentar la corrupción y las trampas tanto en la producción como en la comercialización y ventas. En verano de 2004 se supo que estas industrias estaban reduciendo los tiempos de experimentación en humanos para acelerar la salida al mercado de “nuevos” productos. Se estima que de cada 10.000 substancias que se investigan sólo una llega al mercado, a causa de los controles de calidad, y que al año sólo salen unos 20 fármacos “nuevos”. Como todo ello supone pérdidas, la respuesta ha sido la de recortar los tiempos de experimentación con cobayas humanas, aumentando los riesgos de éstas, pero sobre todo aumentando los riesgos de los consumidores. Al reducirse el tiempo de investigación, desarrollo tecnológico e innovación (I+D+i) en la industria médica no va a tardar mucho en suceder lo mismo que en cualquier otra industria, que los productos pierden calidad y prestaciones, pero con el agravante de que los medicamentos tienen repercusiones directas sobre la salud.

En realidad toda producción repercute tarde o temprano sobre la salud humana y sobre la naturaleza, pero no hace falta insistir en que la industria médica produce mercancías de efectos inmediatos, siempre que sean un negocio, aunque no sea legal, como es el caso de la proliferación de productos contra la obesidad, la impotencia sexual, la preparación física y el deporte profesional, el engorde de animales de consumo humano y un largo etc., por no hablar de muchas nuevas drogas de diseño.

Se puede objetar que una cosa es la producción legal de las grandes industrias sometidas a controles legales, administrativos y hasta a los protocolos científicos, y otra es la producción ilegal de pequeños laboratorios más o menos clandestinos, y según la mentalidad burguesa esto es verdad; pero el problema debe ser estudiado desde la objetividad de la tasa de beneficio. Es decir, al igual que cualquier otra industria, perfectamente capaz de moverse entre dos aguas, con lo que denominan “doble contabilidad”, con un grupo selecto de abogados especializados en burlar la ley, etc., la industria médica puede mantener esas prácticas siempre que sus beneficios superen a las pérdidas que pueden causar si son descubiertas, denunciadas, juzgarlas y condenarlas. La justicia burguesa está suficientemente enmarañada, tiene las suficientes lagunas de doble o triple interpretación y es tan cara que ofrece muchas probabilidades de impunidad a las grandes empresas, sobre todo a las que son altamente rentables al capitalismo.

Por ejemplo, en verano de 2004 estalló un escándalo en Estados Unidos que se venía gestando desde hace muchos años. La industria Merck & Co tuvo que retirar del mercado

el medicamento contra la artritis Vioxx, de uso tan masivo que en los últimos cinco años lo habían tomado 84 millones de personas, y en ese momento lo estaban tomando otros 4 millones. Sin embargo desde 2001 ya existían denuncias en contra de Vioxx por sus efectos secundarios, críticas que la empresa Merck & Co había desoído e incluso había intentado desprestigiar en ese mismo verano de 2004 a la FDA (Administración de Alimentos y Medicamentos) por denunciar a la Vioxx. Pero el caso de Vioxx es uno más de la tendencia en ascenso consistente en la retirada de cada vez más medicamentos y su depósito en la denominada “caja negra”. Según estudios de la OMS y de los gobiernos de Canadá y Australia, una muerte de cada 1.500 personas tiene que ver con los efectos perniciosos de medicamentos.

Otros estudios de 2003 sostienen que estos efectos han llegado a ser la cuarta causa de muertes en Estados Unidos. Actualmente se está investigando si el medicamento Viagra, contra la impotencia sexual, puede producir ceguera en determinado grupo de sus consumidores. Hasta aquí hemos dado estadísticas de los capitalismos desarrollados, pero imaginamos lo que está sucediendo en los países empobrecidos, en los que hay denuncias contra industrias de la alimentación por vender leche infantil en mal estado amparándose en sus vacíos legales o denuncias de que se venden en estos mismos países medicamentos caducados de los países más desarrollados.

La reducción del tiempo de experimentación de nuevos medicamentos, con los efectos que hemos visto, es una de las medidas destinadas a aumentar la tasa de beneficios, pero no la única ya que, además, se ha incrementado el gasto en propaganda y circulación, que llega a más del 30% del gasto total, así como que se han descubierto desvíos de los fondos públicos destinados a la I+D+i hacia las inversiones financieras de riesgo pero de más ganancia a corto tiempo que la que se obtiene en las largas y tediosas investigaciones en los laboratorios, cumpliendo los protocolos científicos. También sobornan y presionan a las revistas científicas para que manipulen los resultados de sus investigaciones, haciendo hincapié en los avances y minusvalorando otros factores, pero sobre todo financiando a esas revistas de modo que en 2005 entre el 66% y el 75% de los ensayos publicados en las grandes revistas científicas estaban financiados por la industria médica.

A comienzos de 2004, la consultora farmacéutica Scott-Levin reconoció que los gastos en actos sociales, cenas de lujo, golf, etc., necesarios para vender bien, se habían duplicado en los últimos cinco años. Tampoco debemos olvidar una trampa muy común: en mayo de 2002 se descubrió que sólo el 15% de los medicamentos lanzados al mercado entre 1989 y 2000 eran realmente nuevos, mientras que un 66% eran versiones modificadas de los viejos y los restantes eran adaptaciones. Muy recientemente ha salido a la luz la denuncia implacable del que fuera, durante los últimos 25 años, director del British Medical Journal y editor en jefe durante los últimos 13 años de BMJ Publishing Group, agrupación que publica nada menos que 25 revistas médicas. Basándose en su cualificada y larga experiencia y en la de otros directores de revistas, ha puesto al descubierto todo el sistema de presiones, chantajes, compras e influencias comerciales de todo tipo que ejercen las industrias de la salud sobre el consumidor a partir de, en este caso, las revistas médicas. Se agudiza así, por un lado, el deterioro de la efectividad práctica de la medicina pero, por otro lado, aumentan sus beneficios y su aparente prestigio.

La importancia de las revistas médicas y por tanto de las presiones que sobre ellas ejercen las industrias de la salud es sólo una parte del problema porque la otra consiste

en la propaganda directa sobre medicamentos de todo tipo que recibe la población norteamericana y que influye mucho en el comportamiento de los médicos a la hora de recetar el tratamiento. Según datos de 2005 la publicidad directa de medicamentos - prohibida en Europa— mueve en Estados Unidos un total de 2.500 millones de dólares y se centra mayormente en antidepresivos de todas clases. Los estudios realizados confirman que si los pacientes piden un antidepresivo el médico les receta uno en 76% de los casos, y si piden un antidepresivo concreto, uno cuya marca aparezca en la propaganda, lo reciben en el 55% de las peticiones, mientras que las cifras disminuyen si no piden nada concreto o un antidepresivo de baja intensidad.

Estos datos escalofriantes indican, primero, que la sociedad estadounidense está afectada por muy serios problemas de índole psicológica, como veremos más adelante; segundo, que en un sistema médico privado, que funciona mediante pagos a compañías privadas o a médicos individuales asociados, la presión de la propaganda y de los caprichos de los consumidores en lo relativo a los antidepresivos es muy alta y, tercero, que las industrias de la salud conocen esta realidad y extraen considerables beneficios en el mercado de las depresiones humanas.

6.4.

Sin embargo, la medida más salvaje para recuperar sus beneficios tiene que ver directamente con el uso que estas industrias hacen de los seres humanos. Ya hemos visto anteriormente lo espeluznante que resulta reducir el tiempo de experimentación en los voluntarios humanos, sin embargo hay comportamientos peores. Uno de ellos es la lucha mundial que llevan estas grandes corporaciones, apoyadas por instituciones imperialistas como la OMC, el FMI, etc., para prohibir la producción barata, masiva y democrática de genéricos contra el VIH, presionando a países como la India, Sudáfrica, Brasil, y otros muchos, afectados especialmente por esta plaga, para que no sigan con su estrategia alternativa, progresista y esencialmente humanitaria, con los efectos desastrosos denunciados por la ONU en junio de 2005, como hemos visto más arriba.

Otro es la explotación esclavista de la fuerza de trabajo infantil por esta industria, al igual que por todo el capitalismo. En 2003, Bayer fue denunciada por explotar en la India a 2.000 niños de entre 6 y 14 años de edad. Pero lo más brutal e inhumano, lo que realmente saca a la luz en lo que esta industria se ha convertido, es decir en una fuerza destructiva pese a producir medicamentos, es la práctica demostrada fehacientemente del tráfico ilegal de órganos humanos en sus dos formas: bien manteniendo vivos a los portadores de esos órganos, secuestrados y conservados en lugares seguros hasta que se les asesina para extraerles el órgano que luego será vendido a precio de su peso en oro a los hospitales del capitalismo desarrollado, bien asesinandolos desde el principio y conservando los órganos a bajas temperaturas hasta su venta.

Semejante negocio sería imposible sin la colaboración directa y permanente de las peores mafias internacionales conocedoras de las necesidades del mercado de órganos y de los cotos de ojeo, caza y captura de la “pieza”, desguace o conservación en vivo, traslado del trofeo y entrega al consumidor en las más óptimas condiciones de uso posible. La mejor forma de definir esta industria es precisamente ésta: mafias internacionales de caza y captura del ser humano, generalmente jóvenes y niños. Unas mafias que tienen que tener estrechos contactos con poderes estatales -aduanas,

fronteras, sanidad, etc.-que colaboren directamente en todo el proceso, mediante pago correspondiente. Sin dichas redes estatales e interestatales -compañías de transporte rápido que no investigan el contenido de determinadas cajas, etc.— este negocio no dispondría de la velocidad suficiente para garantizar la imprescindible calidad suprema de sus macabras mercancías. Unas mafias que, sobre todo, han de disponer de los equipos médicos básicos para “trabajar el producto” con las garantías exigidas por el mercado capitalista desarrollado pero en las muy limitadas condiciones tecnocientíficas existentes en los países empobrecidos, es decir, médicos y especialistas varios, además de instrumental moderno.

Actualmente es imposible descubrir todo lo relacionado con el narcocapitalismo si no partimos tanto de las seis tendencias desarrolladas desde finales del siglo XX, arriba vistas, como de la naturaleza de la industria de la salud. Ambas nos permiten encuadrar los contextos sociales en los que se desarrollan y se multiplican los problemas psicosociales, las llamadas “enfermedades mentales”, que estadísticas muy recientes aseguran que afectan a un 15% de la población del Estado español, cuando desde una perspectiva marxista se puede pensar muy razonablemente que afecta a más porcentaje de la población. Estadísticas divulgadas en otoño de 2003 hablaban de 450 millones de personas en el mundo con necesidad de tratamientos mentales por diversas causas, entre las que se citaban la esquizofrenia, la depresión, el Alzheimer, la epilepsia, el alcoholismo y otras. Pocos meses antes se conoció que en Estados Unidos más de un 6% de la infancia tomaba psicofármacos y que 300.000 niños menores de 12 años tomaban Prozac asiduamente sin esperar a la receta médica. Sin embargo, hay estudios suficientes como para pensar que el uso de Prozac, Paxil y Zoloft en niños puede doblar la probabilidad de que éstos tengan pensamientos suicidas, y de que el abuso de Seroxat y Prozac puede aumentar las tendencias violentas. Por de pronto, Gran Bretaña prohibió en 2003 el consumo de Prozac en los niños.

Muy recientemente, en este verano de 2005, se han conocido los estremecedores resultados de una rigurosa y larga investigación, un año, sobre la salud mental en Estados Unidos, realizado por el National Institute of Mental Health, centro de estudios del gobierno norteamericano, y apadrinado por la prestigiosa revista Archives Of General Psychiatry. El 41,1% de los investigados durante ese año recibió tratamientos contra daños psíquicos de importancia, el 12,3% acudió al psiquiatra y el 16% recibió alguna clase de tratamiento. Pero lo más demoledor es que el 48,3% de las personas tratadas no experimentó ninguna mejoría y sólo el 12,7% dijo reaccionar positivamente a las terapias. Según este estudio, el 50% de los estadounidenses aquejados por enfermedades mentales son jóvenes y de ellos el 50% ha comenzado a manifestar los síntomas con 14 años y el 25% con 24 años. De las casi 10.000 personas estudiadas, los problemas más comunes encontrados fueron la depresión con un 17%, el alcoholismo y las fobias con otro 13% respectivamente, y más de un 25% dijeron sufrir un malestar asimilable a un desorden mental.

La industria de la salud va ampliando sus inversiones en el mercado de las “enfermedades mentales” porque, además de las tendencias descritas con sus efectos sobre los adultos, juventud e infancia, también el envejecimiento de las poblaciones en el capitalismo desarrollado facilita el aumento de la demanda. Hay que reforzar el “orden psiquiátrico” en los tramos de la población que ven cómo se les recortan sus pensiones y jubilaciones o cómo éstas son privatizadas y sometidas a la ruleta del “juego en Bolsa”, o cómo se retrasa su edad de jubilación, etc., además de tener que asumir tareas de cuidado de sus nietos por el recorte en las guarderías sociales y públicas, por los horarios

partidos o por las distancias entre el lugar de trabajo y la vivienda de sus hijas e hijos, etc. Detrás de la palabrería sobre la necesidad de que las personas de la tercera edad realicen determinadas actividades, que siempre son necesarias, también se esconden la implacable lógica burguesa de la extensión en el tiempo del trabajo de las personas mayores, hasta exprimirles del todo.

6.5.

Pero en donde más se demuestra el contenido capitalista destructivo de esta industria es en la “medicina laboral”, en la tarea de auténticos veterinarios de las empresas encargados de reducir lo máximo posible las horas de trabajo perdidas por enfermedad y accidentes laborales, en mantener productiva la fuerza de trabajo y en no utilizar verdaderos médicos respetuosos del viejo y desaparecido principio hipocrático. No es una contradicción sostener que “cuidar” la salud de las masas trabajadoras es una tarea destructiva porque lo que busca definitivamente el proceso de explotación es el agotamiento de la fuerza psicosomática de trabajo para optimizar los beneficios. La destrucción es el resultado último del proceso completo, cuando al cabo de un tiempo de trabajo asalariado la clase trabajadora en su conjunto no ha podido mejorar cualitativamente su calidad de vida sino que la ha empeorado relativa o absolutamente. El primer caso, el empeoramiento relativo, sucede cuando los avances prácticos en su salud van por detrás de los avances prácticos en la efectividad de la industria médica, es decir, cuando sólo la burguesía accede a los mejores tratamientos. El segundo caso, el empeoramiento absoluto, que aumenta, se produce cuando se restringen las prestaciones en la sanidad pública.

A la clase trabajadora se le estruja como a un limón, hasta la última gota de su sudor. El límite de esa explotación no es otro que la propia resistencia obrera y, secundariamente, la astucia de algunos burgueses que saben que es mejor dosificar un poco la explotación mediante concesiones puntuales, algunas prestaciones sociales e innovación tecnocientífica, para que siga produciendo, que no sobrecargar al mulo hasta que se desplome. Estos burgueses proponen cuidar a la gallina lo mínimo necesario para que siga poniendo los huevos de oro, pero los otros burgueses sólo piensan en obtener ahora cuanto más huevos de oro sin tener en cuenta la salud de la gallina. La “seguridad social” tiene la función de mantener vivo al mulo mientras lo necesite el patrón, curando sólo aquellas enfermedades que tienen una relación directa con el inmediato proceso de trabajo y negándose sistemáticamente a incluir en su tratamiento otras muchas enfermedades y dolencias causadas por la explotación laboral, y el panorama empeora cuando se trata de otros trabajos, sobre todo el doméstico.

En estos casos tan abundantes, las personas deben recurrir a la medicina privada, que funciona en base al precio del mercado de la salud y con la lógica del beneficio de la empresa de seguro privado o del médico-empresario. En un estudio dado a conocer en abril de 2005 se contabilizaba que en el Estado español más de 3.200.000 trabajadores tenían contacto con productos químicos y de éstos, 2.000.000 con productos tóxicos. Se estimaba que se pueden estar registrando seis veces menos dermatosis que las que realmente se producen, 16 veces menos casos de asma y 2.000 veces menos casos de muerte por cáncer de los que se reconoce oficialmente. Las muertes por contaminación química superan al número de accidentados y de muertes por accidente laboral. En el Estado francés, por ejemplo, se estima que entre el 5% y el 10% de los casos de asma

están relacionados con el trabajo. Semejante masa humana agotada y enferma por el trabajo no tiene otro remedio que recurrir a la medicina privada.

Además de estas estimaciones sobre una situación alarmante, tenemos otras dos realidades terribles que coinciden en lo esencial, el proceso que desemboca en una situación que se puede definir, utilizando el título de informe sobre la vida de los emigrantes, como “más pobres, más solos, más tristes”. Los datos indican que entre los emigrantes la tasa de suicidios casi dobla la de los autóctonos, y que esa mezcla de pobreza, soledad y tristeza por el desarraigo en un mundo extraño es la causa del consumo de alcohol y otras drogas, etc. Pero hay que tener en cuenta que, salvando todas las diferencias, también dentro de la población autóctona y especialmente entre las personas de tercera edad, mujeres separadas o viudas, nueva pobreza y nuevos vagabundos, etc., en este nuevo universo urbano también existe el proceso degenerativo de “más pobres, más solos, más tristes”. Bien es cierto que los autóctonos tienen hasta cierto punto una serie de recursos familiares, algunas ayudas sociales y viven en un entorno sociocultural conocido, pero los cambios sociales son tan rápidos e intensos que la pérdida de ilusión por la vida afecta a cada vez más sectores autóctonos de la nueva pobreza.

La destrucción relativa y/o absoluta de la salud humana -considerada aquí con criterios no mercantilistas— que está causando el capitalismo a escala planetaria empeora cuando introducimos problemáticas tan cruciales como la unidad psicosomática del ser humano, su salud mental, sus interconexiones con el medioambiente en rápido deterioro, etc. Desde esta perspectiva, la necesidad ciega e irracional que tiene el capitalismo en su conjunto de endurecer la explotación aumentando la intensidad y duración del tiempo de trabajo, esta lógica que necesita avanzar a escala mundial como una plaga infinita y cualitativamente más dañina que las plagas bíblicas y que los cuatro jinetes del Apocalipsis es la que impone que los avances concretos de la ciencia médica -sin entrar ahora en el análisis de este asunto que tiene también su componente de mito interesado— sólo beneficien en primer lugar a la burguesía mundial que puede pagarlos; luego, cuando han surgido otros avances nuevos que han abaratado lo suficiente los ya viejos, beneficie a las masas trabajadoras del capitalismo desarrollado; y después, según los criterios del benéfico privado, a parte de las masas trabajadoras del resto del mundo, pero quedando muchos cientos de millones de seres humanos sin ningún tratamiento. El capitalismo destructivo no puede avanzar en la mejora cualitativa de la salud humana porque para ello debería desmercantilizar el proceso completo, empezando por el poder político y económico de las grandes industrias de la salud y acabando con la instauración de su propiedad social, avance humano innegable que supondría el suicidio de la industria de la salud.

7. NARCOIMPERIALISMO Y SUMISIÓN EUROESPAÑOLA

7.1.

Existe una corriente en lo relacionado con las causas de la drogodependencia que sistemáticamente olvida, niega o menosprecia el impacto destructor de la explotación capitalista o que aceptando abstractamente su existencia no llega a la raíz del problema,

que no es otro que la conjunción multiplicada de presiones desestructurantes colectiva e individualmente impuestas por las decisiones conscientes de los Estados capitalistas, en cuanto centralizadores estratégicos de todos los sistemas estatales, paraestatales y extraestatales de control, vigilancia y represión sociales. El muy importante papel del Estado burgués es escamoteado de las reflexiones críticas, desaparece en cuanto poder esencial en la historia capitalista de la miseria humana. Sin embargo, el problema de la droga como el de la “economía criminal”, es un problema político, eminentemente político porque no funcionaría sin el apoyo directo o indirecto del Estado burgués.

Todas las experiencias habidas hasta ahora así lo confirman y no sólo las revolucionarias, las únicas victorias humanas dignas de tal nombre sobre y contra las drogas. También cuando la burguesía ha querido disminuir drásticamente las mafias, etc., lo ha hecho dando muchos poderes a regímenes militaristas y hasta dictatoriales, como el caso del fascismo italiano que durante un tiempo contuvo a las mafias. Pero, en determinadas situaciones, a las burguesías les conviene más una mezcla de, por un lado, una democracia controlada y débil, muy vigilada por leyes represivas apoyadas por el reformismo político-sindical, y, por otro lado, una corrupción galopante que permite la expansión de las mafias que se mueven en unos límites preestablecidos y que no cuestionan la legitimidad formal del orden constitucional, porque saben que sus negocios dependen de ese entramado falso y mentiroso.

Aunque las mafias son fuerzas esencialmente reaccionarias, saben de sobra que su poder está siempre limitado por el problema de la representatividad política dentro de los aparatos de Estado en primer lugar y, después, dentro de los parlamentos. Si bien compran y sobornan a mucha gente importante, lo que en última instancia buscan es ascender oficialmente al título de burguesía legalmente establecida, con sus títulos de propiedad privada sancionados por la ley capitalista, que es la que garantiza al final que esa propiedad quede dentro de la “familia”. Esta obsesión les convierte en aliadas de unas fracciones burguesas, actualmente las financieras, pero enemigas de otras, con lo que se establece una pugna sociopolítica subterránea que puede observarse en todos los Estados capitalistas. Ningún Estado permanece largo tiempo ajeno a estas trifulcas traperas que se libran en bancos, grandes empresas de la construcción, sector servicios, negocios hoteleros y deportes de masas, medios de prensa sensacionalistas, etc. En la medida en que avanzan las seis tendencias arriba descritas, el Estado va posesionándose a favor de unas y en detrimento de otras, manteniendo espacios legales “grises” y “nebulosos” que permiten amplios movimientos de capitales sucios y turbios, en una fase histórica en la que ese Estado necesita de todos los recursos monetarios y financieros posibles, al margen de su origen, para mantener su puesto en el ranking imperialista mundial.

Más aún, del mismo modo que una de las formas históricas de formación de la inicial burguesía mercantil fueron los negocios de la piratería, el corso, el tráfico de esclavos, el saqueo brutal, el transporte de alcohol a las colonias, etc., acumulación que abrió las puertas a que muchas de esas burguesías compraran títulos nobiliarios, también en el capitalismo posterior la burguesía ha recibido sangre y ferocidad nuevas mediante algunos ascensos de criminales mafiosos al título oficial de burgueses criminales. Las formas particulares en las que se ha plasmado esta interacción entre fracciones burguesas y mafias dependen de las historias concretas de cada país o región del planeta. Por ejemplo, en Estados Unidos bastantes fortunas se crearon mercadeando productos prohibidos como armas, pólvora, hierro, alcohol, etc., con las naciones indias, acelerando

su desarraigo y exterminio, y reinvertiendo esas ganancias en la industrialización del este del país.

Esta evolución de las formas de renovación de las diversas burguesías concretas nos lleva a la evolución previa de las formas de acumulación de capital a nivel progresivamente mundial, tema que no podemos analizar aquí. Pero en lo relativo a la importancia creciente de la corrupción, de las economías alegales e ilegales, de la “economía criminal” desde que el capitalismo financiero empezó a dar sus primeros pasos, etc., nos muestra que siempre ha existido una estrecha conexión entre algunas fracciones burguesas y las correspondientes formas de enriquecimiento alegal e ilegal, incluidas las drogas, hasta llegar al narcocapitalismo. Ahora bien, en la medida en que el capitalismo ha ido pasando al imperialismo, y dentro de éste, a la superioridad actual de la financierización, en esta medida, también debemos hablar del paso del narcocapitalismo al narcoimperialismo, siendo una de las características de esta fase reciente la gran importancia de las estructuras bancarias inherentes al capital financiero para el blanqueo de las crecientes masas de dinero a peso que mueve el narcoimperialismo y la “economía criminal” en su conjunto.

7.2.

Actualmente, una parte apreciable de la burguesía yanqui aumenta sus beneficios con el lavado del dinero de la “economía criminal”, con el obtenido mediante corrupciones internas de todo tipo, etc., según hemos visto. Las relaciones entre mafias, grandes corporaciones y en especial petroquímicas y armamentistas, capital financiero y lobbys económico-políticos son estructurales en Estados Unidos y se han expandido desde la fase neoliberal impuesta -con el impulso previo de medidas anteriores aplicadas por administraciones demócratas— por las administraciones republicanas y especialmente por la “dinastía Bush”. Semejantes fuerzas reaccionarias están aumentando sus presiones en todos los sentidos porque la economía capitalista yanqui, en contra de lo que se dice, no consigue recuperar su competitividad internacional, y si mantiene su posición es debido antes que nada al conjunto de medidas político-económicas, financieras y militares que chantajea al resto de la humanidad. En estas condiciones, además del aumento de la explotación interna de las masas trabajadoras, y ciñéndonos al tema que tratamos aquí, el narcocapitalismo, la burguesía yanqui está aplicando dos grandes estrategias. Una es interna a Estados Unidos y consiste en aumentar el volumen de dinero movido por la “economía criminal” y por narcoimperialismo; la otra es externa, consistente en expandir la opresión imperialista a escala mundial pero especialmente en las áreas estratégicas.

La primera estrategia, la interna, ha sido reforzada a comienzos de junio de 2005, el Tribunal Supremo de Estados Unidos ha prohibido el cultivo y consumo privado de muy pequeñas cantidades de marihuana incluso para empleo terapéutico individual como analgésico, incluso si no se comercializa ni se vende, ni tampoco se recolectan para llevar fuera de Estados Unidos. Se trata de un paso atrás parecido al que supuso la prohibición de elaborar alcohol en las granjas con el alambique familiar heredado de generación en generación. Lógicamente, las directas beneficiadas son las industrias de la salud, que verán aumentar la demanda de analgésicos al estar prohibido el autoabastecimiento de marihuana, pero también será muy lucrativo para las mafias que trafican con todas las clases de drogas ilegales, que verán aumentar la demanda de marihuana, pero también

de otras drogas más fuertes, porque al faltar marihuana en el mercado muchos consumidores caerán en la tentación de recurrir a otras drogas aunque sean más duras y peligrosas. Las mafias no van a tener problemas en abastecer el aumento de demanda porque, como se ha demostrado muy recientemente, bandas criminales de extrema derecha como la Fundación Nacional Cubano Americana (FNCA) obligan a emigrantes cubanos a transportar drogas ilegales e introducir las en Estados Unidos, copiando los métodos de otras mafias.

La demanda interna de drogas en Estados Unidos es realmente impresionante. Moviéndonos siempre en los límites imprecisos que caracterizan estas cuestiones, sobre todo a la hora de calibrar el volumen del consumo, existen sin embargo estudios aproximados de cierta solvencia que indican que a comienzos de este siglo XXI uno de cada cuatro norteamericanos consumía alguna clase de drogas; que el 40% de la juventud estudiantil consumía drogas y que Estados Unidos consumía el 60% del total de los alucinógenos consumidos en el mundo, además de la cocaína, marihuana, heroína y sustancias psicotrópicas. Otros muchos estudios sobre la situación de la salud psicosomática estadounidense confirman estas cifras, y en las páginas anteriores hemos visto algunas problemáticas realmente desgarradoras sobre la masividad del consumo en respuesta a la profundidad, extensión e intensidad de la “crisis de subjetividad” existente en Estados Unidos, crisis perfectamente compatible con la ideología burguesa dominante, con el individualismo utilitarista.

La segunda estrategia, la externa, aunque es inseparable del imperialismo global practicado por Estados Unidos, sí puede ser analizada específicamente teniendo en cuenta todo lo visto hasta aquí. Muy en síntesis podemos decir que el conglomerado de “capo-capitalismo” yanqui tiene ahora cuatro grandes espacios regionales de especial interés: el área asiática desde Afganistán hasta Birmania tanto por la producción de opio como por sus reservas energéticas y su ubicación geoestratégica entre Rusia, India y China; el área de Iraq, Irán, etc., por sus reservas energéticas, ubicación geoestratégica y zona de reparto hacia Occidente y África de la droga afgana; el área andina por su producción de drogas, pero también por sus inmensas reservas materiales y sobre todo en biodiversidad y en agua, con la Amazonía como “nueva conquista del oeste” en el imaginario de la burguesía yanqui, pero situado en el sur; y por último, en el área del Caribe por su importancia en el tráfico de drogas -recordemos que los principales países implicados son Estados Unidos, Colombia y México— que puede realizarse fuera del control de las mafias yanquis, pero sobre todo por la presencia de Cuba como “nueva Troya socialista” que debe ser destruida por su fundamental pedagogía democrática y revolucionaria. No es casualidad en este sentido el que periódicamente Cuba sea objetivo de ofensivas del narcocapitalismo para ahogarla en drogas.

El mantenimiento de esta segunda parte de la estrategia global del narcoimperialismo requiere entre otras cosas, de un gasto militar creciente que permita, además de cumplir satisfactoriamente con los objetivos previstos, la cesión de armas, equipos de logística e información, bases, etc., tanto a los ejércitos privados de los nuevos mercenarios capitalistas arriba vistos, como a los múltiples ejércitos paramilitares y grupos armados de las grandes corporaciones, sin olvidar los “lazos invisibles” mediante el tráfico de armas con las mafias. Generalmente, la mayoría de las críticas al militarismo capitalista y sobre todo el yanqui no tienen en cuenta estos otros objetivos. Sin embargo, si introducimos en la valoración global del imperialismo las necesidades propias del narcoimperialismo comprendemos más fácilmente que el presupuesto militar de Estados Unidos haya subido del 3,1% del PIB en 2001, al 3,4% en 2002 y al 3,5% en 2003, y que

podía atribuirse al rearme global realizado para la invasión de Iraq el 60% del crecimiento del capitalismo yanqui en el segundo trimestre de 2003. No es casualidad, entonces, que el narcoimperialismo sea también uno de los grandes beneficiados de la invasión de Iraq, como ha denunciado la ONU.

Del mismo modo, una de las razones que están debajo de la rotunda negativa de Estados Unidos a que sus soldados y oficiales, prácticamente cualquier norteamericano, sean juzgados por las instituciones internacionales está también relacionado con la necesidad que tiene la burguesía yanqui de seguir controlado el grueso de los beneficios del narcoimperialismo, no dejando que intervengan otras potencias imperialistas. Dado que, según estamos viendo, tales beneficios dependen de organizaciones estrechamente relacionadas con los aparatos militares y económicos yanquis, por esto mismo, tanto el control del grueso del narcoimperialismo como el aumento de los beneficios que produce están en estrecha relación con que sea la “justicia” norteamericana la que vigile a sus propios conciudadanos, evitando así que otras burguesías competidoras mermen parte de esos beneficios y, además, tengan acceso a valiosas informaciones sobre las tramas yanquis.

Volviendo al problema del control de determinadas áreas mundiales por el narcoimperialismo yanqui, existen otras zonas también sometidas a presión -todo el mundo, si consideramos los espantosos sueños fundamentalistas cristianos del imperialismo estadounidense— pero que, para el objetivo de este texto, no reúnen los requisitos apetecibles para el “capo-capitalismo”. Naturalmente, este conglomerado no está aislado a nivel mundial, sino que tiene el incondicional apoyo de cada gobierno británico de turno, sea laborista o conservador, porque el secundario imperialismo británico también sigue dependiendo mucho de la “economía criminal”. Recordemos que la Bolsa de Londres es la primera Bolsa del mundo en transacciones “sospechosas”, más que la de Nueva York, podrida por las corrupciones de la burguesía yanqui pero que no ha conseguido superar a la de Londres en otros “negocios”.

Más aún, toda la política de la Unión Europea con respecto al tema que tratamos está bajo la dirección de Estados Unidos tanto por la fuerza obvia de la primera potencia imperialista como por su control de los servicios secretos, de las fuerzas especiales, de los ejércitos de intervención rápida, etc. En este sentido hay que entender la sumisión del Estado francés al aceptar que en su territorio operen legalmente los servicios secretos yanquis con la excusa de la lucha contra el “terrorismo” y el narcotráfico internacional. Es conocida también la impunidad de los servicios yanquis en Alemania, Italia y otros Estados europeos “fuertes”, por no hablar de su poder en Turquía y en muchos de los Estados del Este europeo.

7.3

Además del servilismo europeo, egoísta e interesado, Estados Unidos también cuenta con el apoyo de la burguesía española en su generalidad y sobre todo de sus fracciones más reaccionarias, las que sabiendo que no tienen capacidad de competir en el saqueo imperialista, necesitan la protección del “capo-capitalismo” para mantener sus expolios en América Latina, intentar asentarlos en Iraq y otras regiones, y mantener el orden interno en el Estado español. De entrada hay que decir que el actual gobierno del PSOE no sólo no ha debilitado su dependencia hacia Estados Unidos sino que le ayuda

incondicionalmente en la agresión a Iraq con la estratégica base militar de Rota y con el envío de tropas invasoras a Afganistán. La retirada de Iraq en primavera de 2004 fue un pago obligado a los más de dos millones de votantes críticos y opuestos a ese genocidio que le dieron la victoria en las elecciones generales del 14 de marzo de 2004.

La fidelidad de la burguesía española a Estados Unidos se reafirmo inmediatamente después, como hemos visto, y muy recientemente el gobierno del PSOE se ha arrodillado aún más al pedir ayuda a los servicios secretos yanquis para lo que se denomina “lucha contra el terrorismo”. Es muy significativo, en este sentido, que las dos mayores implicaciones del ejército español -la base militar de Rota en Andalucía que va a convertirse en la base más importante de la OTAN en la Unión Europea y las tropas españolas en Afganistán— en defensa de los intereses imperialistas yanquis tengan directa relación con todo lo relacionado con el narcocapitalismo.

No debe sorprendernos esa “coincidencia” por tres razones. Una, porque el capitalismo español necesita seguir siendo un peón estadounidense a nivel mundial y en especial en América Latina, como hemos dicho; otra, porque quiere ser un instrumento suyo dentro de la Unión Europea y, por último, es una pieza en la máquina yanqui de control-represión del narcotráfico entre ambos continentes. Dejando para otro texto las dos primeras razones, en la tercera, la que ahora nos interesa, hay que decir que el Estado español fue en 2004 el de más consumo de drogas en Europa debido a una serie de causas que superan con creces el hecho de que la península ibérica sea la puerta de entrada de la droga que viene a Europa del otro lado del Atlántico.

Básicamente, las políticas antiobreras que se aplican sistemáticamente desde el primer gobierno del PSOE, en 1983, y que al poco serían claramente neoliberales, han causado estragos devastadores en la vida de las masas, sometiéndolas a condiciones de vida insospechable cuando el franquismo se disfrazó de democracia bajo la atenta mirada de la “monarquía constitucional” y de un ejército todopoderoso en lo político. Sin poder analizar muchas cuestiones importantes, ahora sólo podemos extendernos en cuatro procesos directamente responsables en el aumento del consumo de drogas en el Estado español hasta llegar a ser el primero de la Unión Europea.

El primer proceso es la generalización de las incertidumbres por el futuro y de la angustia por el presente inmediato, malestar que presiona diariamente sobre la gran masa de la población trabajadora y no sólo sobre los denominados correctamente como “sujetos frágiles” que, por demás, tienden a aumentar en el capitalismo. Actualmente y según diversas estadísticas, entre el 50% y el 60% de las familias del Estado tienen problemas para llegar a final de mes con el sueldo familiar que obtienen. El endeudamiento familiar es tan apabullante que todos los estudios serios dan la alarma sobre el futuro socioeconómico, lastrado por el hecho de que esa deuda representa ahora mismo el 74,5% del PIB estatal. En octubre de 2004, cada familia debía una media de 39.000 euros, un 18% más que en 2003. No debe sorprendernos por tanto que en mayo de 2005, el 31% de la población reconozca que tiene “dificultades” para pagar las deudas mensuales y que otro 23% reconozca que tiene “muchas o bastantes” dificultades para hacerlo. Pero la tendencia va a peor porque en el primer cuatrimestre de 2005 los salarios han subido un 2,9% mientras que la inflación acumulada lo ha hecho en un 3,3%, es decir, un aumento del 0,4% en la tasa de empobrecimiento sólo en cuatro meses.

El empobrecimiento social ha sido también confirmado por los dos estudios oficiales más recientes. Uno, el del INE, de mayo de 2005, realizado con una nueva “contabilidad nacional” que ha sacado tres conclusiones muy interesantes para el tema que tratamos:

que ha aumentado la riqueza de la burguesía española gracias a la afluencia de los rendimientos de la explotación de los emigrantes; que ese aumento de riqueza no beneficia por igual a las clases trabajadoras, sino que aumenta la distancia de ingresos entre el capital y el trabajo en beneficio del primero; y que, por último, el capitalismo español sigue retrocediendo en la competitividad internacional. Otro, el del Banco estatal de finales de mayo de 2005 que constata un aumento del 19,8% de la deuda familiar global en el último año como efecto del aumento del precio de la vivienda, en una sociedad cuya clase asalariada cobra una media del 16% menos que la media de la Unión Europea, que desciende hasta el 28,4% si no se tiene en cuenta el costo medio del consumo en la Unión Europea, según estadísticas de 2002 conocidas recientemente.

Una familia mediana debe dedicar 24 años para pagar una vivienda mediana, el doble de tiempo que hace seis años. También debe ahorrar más con antelación para poder pagar los costes iniciales de entrada. Al aumentar las deudas, según vemos, la familia mediana del Estado español no tiene más alternativa que asumir otra deuda, la del pago a crédito de su consumo diario, que ha aumentado un 10,6% en el último año. Lo peor de todo esto es que se trata de una deuda que afecta a algo imprescindible como es la vivienda. La ansiedad, angustia e incertidumbre por el presente y el futuro crecen cuando no está asegurado algo esencial como la vivienda. No debe sorprender por tanto que aumente el consumo de toda clase de drogas, y de entre ellas que los adultos se “cuelguen” a la televisión un total de 218 minutos al día, batiendo todas las marcas de teleadicción y teledependencia anteriores a 2004.

7.4.

El segundo proceso se suma al anterior, aumentando los temores por el presente inmediato y no sólo por el futuro lejano. Las políticas realizadas por el PSOE y especialmente por el PP, que incentivaban la entrada apenas sin controles de capitales transnacionales, hizo que durante unos años creciese el capitalismo estatal aparentando una fuerza que apenas tenía en lo relacionado con el desarrollo tecnocientífico, pero también destruyendo su propia infraestructura estatal de modo que actualmente el 50% de la producción depende de empresas extranjeras, que pueden abandonar el Estado con la misma velocidad e impunidad con la que entraron en él. Esta posibilidad se está transformando en probabilidad porque el capitalismo español es el que más riesgos corre de todos los de la Unión Europea por la tendencia a la deslocalización empresarial, básicamente hacia los nuevos espacios de explotación, saqueo y venta del este europeo. Se estima que el 15% de la industria estatal está amenazado por ese riesgo, con un impacto negativo directo sobre el 17% de la población trabajadora amenazada de paro estructural. Semejante peligro está siendo conocido ya por las gentes -recordemos las recientes movilizaciones contra la “reconversión naval”— que ven que su presente inmediato está en peligro.

Pero los efectos negativos de esa incertidumbre se multiplican debido a la precarización masiva de la vida social, al hecho de que más del 30% de la fuerza de trabajo, jóvenes, mujeres y emigrantes, sea sobreexplotada en condiciones de un “nuevo esclavismo” que les imposibilita cualquier proyecto de vida digna y creativa, impotencia agravada por el muy escaso desarrollo de las asistencias y prestaciones sociales de todo tipo, si las comparamos con la media de la Unión Europea, y que encima se van recortando paulatinamente. Cuando la vida está sometida a toda serie de sobrecargas materiales,

laborales, etc., no debe sorprender que las personas que ocupan posiciones de poder cotidiano -hombres, padres, novios, maridos, hermanos, familiares...— descarguen sobre las mujeres o sobre hombres sitos en una escala inferior dentro del poder patriarco-burgués delegado una serie de malos tratos y de violencias, que culminan en el terrorismo machista y sexista, y que, como está demostrado, van muy unidos al consumo de muchas drogas inhibidoras, excitantes, etc.

En estas condiciones de sobreexplotación cotidiana y miedo por el futuro, miedos no racionalizados ni entendidos en su causalidad histórica sino malvividos en una mezcla de inconsciencia e ideología, en estas situaciones muy comunes en la actual sociedad capitalista, los colectivos alienados y reaccionarios giran hacia un mayor autoritarismo en el que el consumo de drogas aparece, generalmente, como reafirmación de una seguridad que no se tiene, como en los actos rituales de reafirmación grupal típicos del racismo; si consideramos todas estas circunstancias, tendremos bastante perfilada una de las causas directas de la generalización de las drogas que se ve reforzada por el recurso a ellas de las personas más machacadas, de las amas de casa que recurren a toda clase de fármacos, de las jóvenes que empiezan a fumar y beber para agradar a los chicos, de las mujeres mayores que recurren al alcoholismo doméstico, etc.

7.5.

El tercer proceso es el de la financierización extrema del capitalismo estatal que durante años ha hecho lo imposible para aceptar todos los capitales exteriores, sin detenerse a investigar su procedencia. Desde que en Rusia las luchas entre fracciones diferentes de la nueva burguesía hizo que determinadas mafias tuvieran que buscar otros espacios y desde que la Unión Europea endureció sus exigencias de transparencia administrativa a Italia, grandes masas de dinero procedentes de la “economía criminal” han entrado en el Estado español sobre todo en su costa mediterránea para blanquear su dinero en la especulación inmobiliaria, industria turística, etc., aprovechándose de la fácil explotación laboral y débil protección medioambiental y costera. También entraron capitales “normales” de modo que, en 2003, los inversores extranjeros poseían más del 35% del mercado bursátil español, y once grandes corporaciones concentraban algo más del 80% de las inversiones extranjeras.

La clara tendencia al descenso en las inversiones de capitales extranjeros de la economía española no hace sino confirmar su debilidad interna y su dificultad para la reindustrialización. En 2002, se invirtieron en el Estado un total de 35.900 millones de euros; en 2003, bajaron a 25.600 para quedarse en 9.900 millones en 2004. En estas condiciones es comprensible que aumente la economía “informal”, la que se mueve sin apenas registros legales y muy relacionada con la “economía sumergida” por no hablar de la “economía criminal” y con el blanqueo de dinero. Por ejemplo, a comienzos de 2005 el dinero en metálico suponía el 10% del PIB estatal frente al 5% de la zona euro y el 6% de Estados Unidos.

Ahora es cuando se aprecia la importancia del billete de 500 euros -83.193 de las antiguas pesetas— y el hecho de que entre abril de 2004 y abril de 2005 haya un 43% más de esos billetes en circulación, mientras que se mantienen los de 200 y desciende un poco el uso de los de 100. Además, el aumento de los billetes de 500 va unido al fraude fiscal, como se ha comprobado en 2004 en el que ese fraude aumentó un 7,3% con

respecto al de 2003, llegando a la cifra de 16.371 millones de euros. Para hacernos una idea cabal de la magnitud de la economía en metálico, a peso, en el capitalismo español basta saber que en 2004 ella sola manejaba el 23% de todos los billetes de 500 euros emitidos por el Banco Central Europeo. Pero el aumento del dinero a peso repercute directamente en la imagen de la vida fácil, de la vida rápida y arriesgada, en el consumo compulsivo de toda serie de productos en los días y noches de fiesta colectiva. El consumismo compulsivo se ve fortalecido por el pago a peso sin control alguno, y en las condiciones de vida miserable que estamos viendo en este texto, la abundancia de dinero en billete no hace sino facilitar la circulación de toda clase de productos psicoactivos.

7.6.

El cuatro y último proceso que ahora vamos a analizar es el que hace que los tres anteriores hagan que el mercado español sea doblemente atractivo para los narcotraficantes. Por un lado, el deterioro de las condiciones sociales genera una demanda en aumento y, por otro, la financierización y la economía de pago a peso facilita mucho el trasiego de grandes cantidades. El Estado español es el puerto de entrada de la droga latinoamericana en Europa, ya lo hemos dicho. En 2003, la policía incautó 44.341 kilos de cocaína, el 60% del incautado en Europa, pero se estima que consiguió entrar mucho más teniendo en cuenta los resultados de 2002, cuando los 17.617 kilos de cocaína representaban el 15% del total que circulaba por el Estado. También ese mismo año se incautaron 564.809 kilos de hachís, apenas el 10% del total existente en el mercado de la droga. Con respecto a lo que en definitiva interesa, a la destrucción humana, las dificultades para evaluar correctamente la cuantía del consumo, en este caso de cocaína, hace que las estimaciones tengan que moverse en una horquilla muy amplia: a comienzos de 2004 se calculaba entre 400.000 y 600.000 el número de cocainómanos en el Estado español.

Las dificultades de cuantificación del uso de otras drogas son incluso mayores no sólo porque su volumen es superior sino también porque su consumo está menos rechazado socialmente, excepto la heroína que, sin embargo, empieza a ser utilizada con nuevos métodos, por no hablar del consumo del alcohol y de todas las mezclas en las que interviene como elemento esencial. Tenemos que seguir aquí con la lógica de las crisis personales generadas por las tendencias sociales descritas. Cada vez desciende más la edad de inicio de la ingesta de alcohol, tabaco y de otras drogas en la juventud, que malvive además en la incertidumbre sobre su futuro, en un agotamiento de la institución familiar patriarco-burguesa y en una caída en picado del sentido y función del sistema educativo, todo ello sumergido en un diluvio de imágenes sexistas, violentas, racistas, utilitaristas e individualista, diluvio soportado sin ninguna defensa crítica y consciente en las muchas horas televisivas, en las paredes urbanas y en todas las revistas que la juventud ojea al cabo del día.

8. EUSKAL HERRIA

8.1.

Tras esta profundización analítica en las transformaciones acaecidas en el capitalismo desde los años ochenta del siglo pasado, con la fecha significativa de octubre de 1997, como ya hemos visto, y su desarrollo concreto en el Estado español, ahora podemos volver ya a la situación de Euskal Herria desde mediados de los noventa, cuando todo indicaba que se había ganado lo fundamental de la larga oposición de masas a la heroína como fundamental arma de destrucción biológica empleada por el Estado español. Como nación oprimida por dos Estados, el francés y el español, Euskal Herria no tiene recursos propios para elaborar y mantener una estrategia nacional de lucha contra el narcocapitalismo y menos cuando las drogas ilegales son utilizadas como armas de opresión. Sin embargo sí tiene capacidad no sólo de resistencia pasiva sino sobre todo de elaboración de alternativas emancipadoras elaboradas por movimientos populares.

Lo mismo que en el resto del países y pueblos, las seis tendencias desarrolladas por el capitalismo desde finales del siglo XX han impactado en Euskal Herria, pero con el agravante añadido de su desvertebración institucional, división territorial y opresión nacional. Partiendo de aquí, durante la década de los noventa se superpusieron en la cotidianeidad vasca, de la parte del territorio bajo dominación española, tres grandes procesos simultáneos. Uno, la lógica caída de tensión militante de los movimientos populares contra la heroína y en general contra las drogas en su conjunto tras los duros e intensos años de oposición al Estado, a sus fuerzas represivas, a las organizaciones mafiosas y a las fracciones de la burguesía autonomistas y regionalista que también tenían negocios en esa parte de la “economía criminal”.

Nunca se ha de olvidar que la victoria sobre la heroína fue obtenida sin ningún recurso institucional ni legal, sin apoyos oficiales, sin ayudas económicas de las administraciones supuestamente “democráticas”, con muy poca audiencia en los medios de prensa a excepción de los muy contados recursos de la prensa democrática, etc.. El movimiento popular se autoorganizó desde la nada y elevándose sobre cientos de cadáveres asesinados por la heroína y apoyándose en miles de afectados directa e indirectamente por el VIH, logró dismantelar toda una estrategia abundantemente surtida por determinados aparatos de Estado y por narcomafias poderosas.

Como sucede siempre tras la batalla ganada, a la euforia de la victoria le siguió el relajo del cansancio y la confianza excesiva en las propias fuerzas, precisamente cuando se producía el segundo proceso simultáneo consistente en la generalización de las nuevas pautas de comportamiento social generadas por las seis tendencias descritas arriba. Si estuviéramos de acuerdo con la tesis durkheimiana de la anomia, diríamos que esas tendencias han multiplicado la anomia social, pero como esta tesis en realidad no sirve para nada sino para justificar la inopia de la sociología burguesa francesa a comienzos del siglo XX, preferimos utilizar el complejo marxista formado por la interacción entre la falsa conciencia necesaria, la ideología de la clase dominante, la alienación y el fetichismo. Con este arsenal teórico fecundamente actual vemos que en la sociedad vasca de los noventa y comienzos del siglo XXI empezaron a surgir otras formas de padecer y escaparse de la desestructuración generalizada de las redes cotidianas anteriores -las de la “cultura del hierro” vigente desde finales del siglo XIX— y de adaptarse más mal que bien, pasiva y oblicuamente, etc., a las nuevas y feroces disciplinas inherentes a la nueva explotación postkeynesiana y post-taylor-fordista.

Fueron estas transformaciones impuestas por la contraofensiva burguesa las que terminaron generando comportamientos de las masas trabajadoras totalmente

funcionales e integrados en los proyectos burgueses, desde el consumismo compulsivo de bienes de baja calidad, pese al endeudamiento masivo, hasta la ingesta de nuevas y viejas drogas, pasando por las recientes dependencias psicológicas hacia líderes reaccionarios y neofascistas como Aznar o profetas político-religiosos fanáticos como el Papa Wojtyla, o hacia personajillos aupados casualmente a ciertos grados de poder delegado en la “democracia española”, etc. Hay que tener en cuenta estas dependencias subconscientes de fracciones de las masas en Euskal Herria para dotarnos de una imagen científico-crítica de la miseria humana impuesta por el capitalismo que también se expresa en la alienación política del nacionalismo imperialista español, además de en el consumo de drogas materiales o religiosas. Nunca tenemos que perder el vista el método de la totalidad concreta, y más aún cuando aumentan las llamadas “enfermedades mentales” en la sociedad capitalista, también en la vasca.

Queremos decir que a la vez que los cambios socioestructurales, analizados brevemente, generaban prácticas novedosas de drogadicción -drogas de diseño, botellones y mezclas alcohólicas, mezclas de pastillas y medicamentos legales, cocaína, otras formas de consumo de heroína, etc.-, también se daban cambios político-culturales como la reafirmación españolista dirigida por el PP y aceptada por el PSOE durante buena parte de esa época, como el endurecimiento del terrorismo sexista y machista en los adultos y de las expresiones machistas y soeces en la juventud, como el racismo creciente en una cultura que apenas había dado muestras anteriores al respecto y otra serie de pautas que denotan la existencia de valores que si bien parecen débiles y descoordinados, en realidad demuestran una inquietante dureza cuando son requeridos y movilizados por las derechas más reaccionarias. Las movilizaciones fascistas y neofascistas en verano de 1997 y, en general, en todas las actividades de masas del PP, secundado por el PSOE y la pasividad del autonomismo del PNV-EA, en ese tiempo son un ejemplo de ello, y nadie puede negar las relaciones entre la psicológicamente débil personalidad autoritaria, neurótica y sado-masquista típica del fascismo y de los movimientos reaccionarios, con las drogas como excitante y desinhibidor.

8.2.

Semejante ascenso a la superficie de la política vasca de las fuerzas irracionales de la estructura psíquica de masas de parte de la población no se produjo sólo como efecto de las seis tendencias descritas, sino también bajo la provocación deliberada del Estado español, con lo que llegamos al tercer y último proceso en lo relacionado con los cambios en el consumo de drogas durante estos últimos años. Desde aproximadamente la mitad de los noventa, en Euskal Herria se estaba viviendo una nueva oleada de ascenso de reivindicaciones de todos tipo, pero con la peculiaridad de que ahora se empezaba a caminar desde la construcción nacional y hacia ella. Ya no se trataba de permanecer resistiendo heroica pero estáticamente. Desde mediados de los noventa se produjo el cambio cualitativo hacia la construcción consciente de Euskal Herria sin pedir permiso a los Estados dominantes. Tal cambio era, en realidad, la expresión de otros cambios internos de nuestro pueblo, capilares muchos de ellos, que no podemos exponer aquí pero que sólo se comprenden desde la dialéctica de la continuidad de la esencia y del fenómeno, de lo nuevo y de lo viejo actuando sobre lo permanente, en este caso sobre la permanencia de la reivindicación nacional vasca.

Precisamente una de las experiencias más positivas sobre las excelencias del salto cualitativo de la mentalidad de la resistencia a la práctica de la construcción nacional se libró -y se aprendió— durante la larga lucha popular contra la heroína y contra todo el conglomerado mafioso-estatal que la impulsaba. En esta lucha, bien pronto se vio la urgencia de avanzar en la propuesta de soluciones concretas, de alternativas factibles contra las drogas en general y en especial contra la heroína, sin esperar al día de después de la victoria. Es verdad que esta lección también se confirmaba en todos los movimientos populares, desde la recuperación del euskara hasta la lucha por la amnistía, pasando por muchas otras, pero en el problema de la droga las soluciones prácticas aparecían con la urgencia de los estragos inmediatos del VIH, de la delincuencia para obtener dinero para la dosis diaria, de los padecimientos de los afectados y de sus familiares, etc., pero aún siendo eso verdad, las experiencias populares chocaban con la dificultad de que no se había producido una síntesis estratégica común a todas ellas y al resto de luchas obreras y sindicales, vecinales, estudiantiles, de sexo-género, culturales, deportivas, parlamentarias e institucionales, etc. Se trataba de sistematizar todas esas experiencias, y ello se produjo con el salto a la construcción nacional vasca desde ahora mismo.

El movimiento popular de lucha contra las drogas empezó a proponer soluciones concretas en la medida de su fuerza autoorganizada, y a medida que esas soluciones daban resultados, el movimiento aumentaba su fuerza. Está claro que el proceso fue más problemático y difícil, con sus errores, estancamientos y hasta retrocesos puntuales, pero a la larga se venció al grueso de la ofensiva de la droga y se reforzó la conciencia de que la construcción nacional era factible. Pues bien, desde mediados de los noventa, a la par que Euskal Herria avanzaba en esa orientación, desde el frente opuesto, desde los aparatos del Estado, las mafias, los sectores del capitalismo vasco que buscaban más beneficios aprovechándose de las nuevas formas de consumo y diversión desarrolladas al calor de los cambios sociales descritos, etc., desde todo este bloque reaccionario se inició otra ofensiva de la droga. Tenían en su favor una fuerte legitimidad ideológica provenientes del utilitarismo individualista inherente al neoliberalismo aplicado tanto por el gobierno español como por las administraciones autonomistas y regionalistas vascas en Vascongadas y Navarra, y en Iparralde aplicado por el gobierno francés.

No transcurrió mucho tiempo sin que nuevas formas de diversión alienante como la denominada “ruta del bacalao”, el “botellón” y otras, así como el aumento de la oferta de drogas nuevas, etc., llegaran a Euskal Herria desde los Estados español y francés. En poco tiempo, a finales de los noventa, estas formas de consumo ya se había “normalizado” en nuestro país en base a la conjunción sistémica de esas tres tendencias: la relativa pérdida de tensión militante al calor de la victoria en la fase anterior, los cambios sociales desestructuradores que mientras tanto se estaban produciendo en el interior de nuestro pueblo con la aparición de relativamente nuevas demandas de drogas y, por último, la ofensiva de las fuerzas reaccionarias interesadas en el aumento de las drogadicciones en un contexto nacional vasco caracterizado por el ascenso del soberanismo en general y del independentismo socialista en particular.

Como siempre ha sucedido en la historia del capitalismo, la aparición de un nuevo mercado nunca ha sido casual y fortuito, espontáneo, sino que ha correspondido a la dialéctica entre una necesidad social que va emergiendo del desarrollo de las formas y expectativas de vida, un impulso premeditado de los empresarios que han estudiado ese mercado o que han encargado estudios para crearlo partiendo de una demanda difusa e imprecisa, y del intervencionismo regulador del Estado en defensa, primero, de la clase

dominante y, después, de las masas consumidoras. Semejante tendencia ha sido constante en el capitalismo desarrollado, pero en los pueblos colonizados y dominados ha sido y es más importante la unión de los intereses burgueses y los del Estado colonizador y ocupante. Con la nueva oleada de las drogas desde mediados de los noventa en Euskal Herria estos dos últimos componentes -el Estado y la burguesía— son los decisivos, sin que ello suponga negar la importancia de una demanda de consumo preexistente y reforzada por el empeoramiento de la calidad de vida. Sin las facilidades otorgadas por los aparatos estatales y por las ofertas de “empresarios” burgueses, sin ellas esa demanda previa ya existente hubiera derivado hacia otras formas.

8.3.

Miles de jóvenes en vida precaria, que no conocieron las formas anteriores de explotación y que serían miembros de una generación que iba a vivir peor que sus padres, tuvieron como alternativa el acceso a nuevas drogas, y muchos burguesitos pudieron aumentar su consumo de cocaína y de otros compuestos, etc., ofrecidos por un mercado en el que “empresarios”, con dinero a peso obtenido gracias a negocios anteriores pero también a los cambios financieros y socioeconómicos descritos arriba, podían moverse con sorprendente facilidad en muchos sitios conocidos por mucha gente en un país con la más alta densidad de policías y servicios secretos por habitante de toda Europa continental. Simultáneamente a este proceso, se asistía al endurecimiento del neofascismo españolista contra los derechos nacionales vascos y contra toda reivindicación democrática, en medio de un ataque represivo destinado a barrer toda capacidad de pensamiento y organización crítica de nuestro pueblo, desde medios de prensa libre hasta listas electorales de gran apoyo popular.

No podemos ni debemos silenciar el contexto global en el que se produjo la oleada de drogas de esta época porque entonces no entenderíamos nada de la situación actual, muy pocos años después, justo a mediados de 2005. Hoy asistimos a una nueva recuperación de la lucha popular contra la drogodependencia aunque con formas específicas diferentes a las que existiendo hace una década y media. Actualmente, el narcocapitalismo se ha constituido en una rama vital de la “economía criminal” en su conjunto y, a través de ahí, del imperialismo contemporáneo. A diferencia de hace quince o veinte años, ahora las mafias que trasladan drogas de un lado a otro también trafican con carne humana, con esclavas sexuales, con armas y productos estratégicos, pero estos cambios no han borrado lo esencial del problema: la droga como arma biológica de exterminio. Tampoco han borrado las responsabilidades de los grupos políticos que habiéndoseles permitido por parte del Estado español acceder a algunas esferas de poder institucional, siguen sin hacer nada serio e importante contra las drogas.

Al contrario, si analizamos más en detalle su proceder en cuestiones cruciales para nuestro tema observamos que, primero, su política neoliberal de restricción de los servicios y prestaciones sociales refuerza la tendencia al aumento de las causas que provocan el incremento del consumo sobre la base de una dependencia previa causada por la opresión capitalista; segundo, su claudicación política ante la opresión nacional fortalecen el clima de pasividad, derrotismo e individualismo que cae como una losa de plomo en sectores sociales desmoralizados que creen que no merece luchar por un mundo mejor y que se hunden todavía más en una cotidianeidad vacía que sólo puede llenarse con sucedáneos y con drogas; tercero, su colaboración práctica con la represión

estatal de la izquierda independentista ayuda directamente a la impunidad del narcocapitalismo porque a excepción de algunos colectivos muy meritorios, sólo esa izquierda independentista ofrece una perspectiva diferente, y cuarto, su concepción capitalista les incapacita para una lucha efectiva contra las drogas.

Uno de entre los muchos ejemplos al respecto sobre las responsabilidades de todas las fuerzas políticas que han admitido y defienden el orden vigentes, y con directas repercusiones sobre el problema que tratamos, es el de los ataques contra la decisiva autoorganización juvenil vasca y especialmente contra los gaztetxes. La independencia de la juventud para organizar su propia vida es uno de los requisitos vitales en la lucha por su reafirmación, por su desarrollo libre y crítico. Nadie niega la crucial tarea de la familia, la educación y el entorno en la primera socialización del recién nacido y de la infancia, pero también hay que afirmar que, sobre esa base fundamental formada en los primeros años, luego deben levantarse otras estructuras caracteriológicas que aporten componentes decisivos de la personalidad que sólo pueden formarse en una vida colectiva e independiente de la institución familiar autoritaria inherente al capitalismo actual. Además, en un contexto de opresión nacional, esa organización es aún más necesaria. Los gaztetxes actuales como en su tiempo las comunas juveniles y, a otra escala, bastantes de las casas de estudiantes libres, éstas y otras experiencias han sido una de las mejores universidades de militantes revolucionarios que se han formado en estrecha unión con los problemas de su vecindad, de su pueblo.

Desde hace un tiempo, desde que se constató que otra generación juvenil se incorporaba a la lucha, han aumentado los cierres e intentos de cierres de gaztetxes en muchos pueblos vascos. La burguesía prefiere paralizar en una vida pasiva e inerte a la juventud, que deambula por la vida sin centros, sin locales, sin lugares de reunión y actividades excepto los controlados por la Iglesia y las instituciones, prefiere este desierto a la movilización juvenil. No le importa que debido a la ausencia de locales, cientos de jóvenes estén en peligro de aceptar las normas y valores más reaccionarios e individualistas, y de relacionarse con lo que definen como delincuencia y la droga.

Para el capitalismo y para los Estados español y francés es más fácil controlar a una juventud pasota y conformista, indiferente ante la vida o destrozada por una huida hacia delante, que enfrentarse a una juventud organizada y militante. No es casualidad, por otra parte, que allí en donde el poder arremete contra la juventud también aparecen o aumentan las ofertas de drogas. Sin embargo, si algo ha demostrado el pueblo vasco ha sido su capacidad de recuperarse y de seguir avanzando a pesar de los golpes permanentemente recibidos. La independencia vasca en su sentido radical y total, solamente se podrá sustentar además de en otros poderes de autogobierno, en la independencia colectiva e individual frente a las cadenas de las drogas.

IÑAKI GIL DE SAN VICENTE

EUSKAL HERRIA

25-VI-2005

